

ISSN 2310-1180

Nueva era

Número 4

Año 2013

ARS



ISSN 2310-1180
Nueva era
Número 4
Año 2013

ARS



Nueva era
Número 4
Año 2013
ARS

Secretaría de Cultura de la Presidencia
Dirección Nacional de Investigaciones en
Cultura y Arte

ARS, revista de la Dirección Nacional de
Investigaciones en Cultura y Arte de la
Secretaría de Cultura de la Presidencia.

ARS, arte en latín, fue el nombre de la
revista de la extinta Dirección de Bellas
Artes. Retomamos el título y retomamos,
en la medida de nuestras fuerzas, algo de
la fe que la hizo crecer.

SECRETARIA DE CULTURA DE LA
PRESIDENCIA
Ana Magdalena Granadino

DIRECTOR NACIONAL DE
INVESTIGACIONES
EN CULTURA Y ARTE
Sajid Alfredo Herrera Mena

DIRECTOR DE ARS
Ricardo Lindo

COMITÉ EDITORIAL ARS
Astrid María Bahamond
Ricardo Roque Baldorinos
Miroslava Rosales
Óscar Meléndez
Guillermo Cuéllar

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
René Ramos

COORDINACIÓN EDITORIAL
Jasmine Campos

Las opiniones vertidas en ARS son de
exclusiva responsabilidad de sus autores.

El contenido de esta revista puede ser
reproducido total o parcialmente citando
la fuente.

Secretaría de Cultura de la Presidencia,
Dirección Nacional de Investigaciones en
Cultura y Arte

Pasaje Mar del Plata n.º 1 y Calle Ga-
briela Mistral, Urb. Buenos Aires 2, San
Salvador.

Índice

5 Editorial

6 Páginas Intemporales

Dios

BARUCH SPINOZA

9 Reseña Biográfica

Carlos Cañas

ASTRID MARÍA BAHAMOND

12 Una mirada a la joven poesía

12 *Vladimir Amaya*

18 *Rebeca Henríquez*

23 *Mario Zetino*

26 *Roberto Deras*

28 Ensayos

28 *Consuelo Suncín de
Saint-Exupéry y El
Principito*
YUKITAKA HIRAO

30 *Stanley Kubrick
fotógrafo*
WALLY ROMERO

34 Poema

«LA BESTIA».

*(The American way of
death)*

DANIEL RODRÍGUEZ MOYA

37 Teatro

Almuerzo entre dioses.

Drama en dos actos

ARMANDO MOLINA

54 Cuentos

54 *De los problemas de
enamorarse de músicos
con nombres rusos*

ANA ESCOTO

54 *Wenceslao*
ANA ESCOTO

56 *Haunted*
DAVID ALEJANDRO CÓRDOVA

Arte

58 Rupestre

*Una vulva, un falo un
agujero en el techo de la
cueva de Corinto*

RICARDO LINDO

62 Libros

62 *La tejedora de sombras*
MIROSLAVA ROSALES

64 *El cementerio de Praga*
ASTRID BAHAMOND

66 Autores

66 Ilustraciones e ilustradores



Editorial

Ya habíamos decidido que las imágenes de Carlos Cañas poblaran este número de ARS cuando nos llegó la noticia de su fallecimiento. Inesperadamente, este número se transforma en un homenaje póstumo. Tenía Cañas 88 años, pero poco antes lo habíamos visto vigoroso, recibiendo el Premio Nacional de Cultura. Es el mayor galardón que puede otorgar nuestro país en este campo. Cañas lo merecía desde hace tiempos, pero fue un acierto otorgárselo a las puertas de la muerte, como coronación de una carrera larga y fructífera. Cascarrabias, rebelde, un poco loco, artista enorme que nos deja un legado invaluable, Carlos Cañas entregó la noche del premio una íntima confesión: “Siempre me sentí un hombre solo, solitario; pero esta noche descubro que he tenido cientos, miles de amigos que me han llenado el alma de una honda satisfacción”. Fueron quizás sus más bellas palabras y son sin duda una bella despedida.

Poco después murió Rodolfo Molina, otro artista grande, aunque con mucha menos edad y menor reconocimiento. A él consagraremos la ARS próxima.

Abre este número una página intemporal. Luego, tras una nota biográfica del artista Carlos Cañas leeremos versos de jóvenes poetas seleccionados con acierto por una joven poeta y un joven escritor. Esta sección va ilustrada por Mauricio Linares, quien une a sus dotes de pintor sus dotes

de fotógrafo. Y leeremos teatro y cuentos, leeremos una página donde un autor japonés nos habla de la salvadoreña Consuelo Suncín, viuda de Saint Exupéry, y un poema donde un poeta español habla de una historia que nos atañe, e iremos a los inicios de Stanley Kubrick, y subiremos a las alturas de Morazán a ver pinturas rupestres. Están aquí el remoto pasado, el pasado, el presente y el promisorio futuro. Está aquí un poco de El Salvador y un poco del mundo. Y como iniciamos la sección de PÁGINAS INTEMPORALES con una del filósofo Baruch Spinoza (1632-1677), bien podemos introducirla con otra, un admirable soneto que el poeta argentino Jorge Luis Borges (1899-1986) le dedica:

Spinoza

Las traslúcidas manos del judío
labran en la penumbra los cristales
y la tarde que muere es miedo y frío.
(Las tardes a las tardes son iguales.)

Las manos y el espacio de jacinto
que palidece en el confín del Ghetto
casi no existen para el hombre quieto
que está soñando un claro laberinto.

No lo turba la fama, ese reflejo
de sueños en el sueño de otro espejo,
ni el temeroso amor de las doncellas.

Libre de la metáfora y del mito
labra un arduo cristal: el infinito
mapa de Aquel que es todas Sus estrellas.

Páginas intemporales

Dios

BARUCH SPINOZA

Dios hubiera dicho:

“Deja ya de estar rezando y dándote golpes en el pecho! Lo que quiero que hagas es que salgas al mundo a disfrutar de tu vida. Quiero que goces, que cantes, que te diviertas y que disfrutes de todo lo que he hecho para ti.

¡Deja ya de ir a esos templos lúgubres, oscuros y fríos que tú mismo construiste y que dices que son mi casa. Mi casa está en las montañas, en los bosques, los ríos, los lagos, las playas. Ahí es en donde vivo y ahí expreso mi amor por ti.

Deja ya de culparme de tu vida miserable; yo nunca te dije que había nada mal en ti o que eras un pecador, o que tu sexualidad fuera algo malo. El sexo es un regalo que te he dado y con el que puedes expresar tu amor, tu éxtasis, tu alegría. Así que no me culpes a mí por todo lo que te han hecho creer.

Deja ya de estar leyendo supuestas escrituras sagradas que nada tienen que ver conmigo. Si no puedes leerme en un amanecer, en un paisaje, en la mirada de tus amigos, en los ojos de tu hijito... ¡No me encontrarás en ningún libro!

Confía en mí y deja de pedirme. ¿Me vas a decir a mí como hacer mi trabajo?

Deja de tenerme tanto miedo. Yo no te juzgo, ni te critico, ni me enojo, ni me molesto,



ni castigo. Yo soy puro amor.

Deja de pedirme perdón, no hay nada que perdonar. Si yo te hice... también yo te llené de pasiones, de limitaciones, de placeres, de sentimientos, de necesidades, de incoherencias... de libre albedrío. ¿Cómo puedo culparte si respondes a algo que yo puse en ti? ¿Cómo puedo castigarte por ser como eres, si yo soy el que te hice? ¿Crees que podría yo crear un lugar para quemar a todos mis hijos que se porten mal, por el resto de la eternidad? ¿Qué clase de dios loco puede hacer eso?

Olvídate de cualquier tipo de mandamientos, de cualquier tipo de leyes; esas son artimañas para manipularte, para controlarte, que sólo crean culpa en ti. Respeta a tus semejantes y no hagas lo que no quieras para ti. Lo único que te pido es que pongas atención en tu vida, que tu estado de alerta sea tu guía.

Amado mío, esta vida no es una prueba,

ni un escalón, ni un paso en el camino, ni un ensayo, ni un preludio hacia el paraíso. Esta vida es lo único que hay aquí y ahora, y lo único que necesitas.

Te he hecho absolutamente libre, no hay premios ni castigos, no hay pecados ni virtudes, nadie lleva un marcador, nadie lleva un registro.

Eres absolutamente libre para crear en tu vida un cielo o un infierno. No te podría decir si hay algo después de esta vida, pero te puedo dar un consejo. Vive como si no lo hubiera. Como si esta fuera tu única oportunidad de disfrutar, de amar, de existir. Así, si no hay nada, pues habrás disfrutado de la oportunidad que te di. Y si lo hay, ten por seguro que no te voy a preguntar si te portaste bien o mal, te voy a preguntar ¿Te gustó?... ¿Te divertiste?... ¿Qué fue lo que más disfrutaste? ¿Qué aprendiste?...

Deja de creer en mí; creer es suponer, adivinar, imaginar. Yo no quiero que creas en

mí, quiero que me sientas en ti. Quiero que me sientas en ti cuando besas a tu amada, cuando arropas a tu hijita, cuando acaricias a tu perro, cuando te bañas en el mar.

Deja de alabarme. ¿Qué clase de Dios ególatra crees que soy? Me aburre que me alaben, me harta que me agradezcan. ¿Te sientes agradecido?... Demuéstralo cuidando de ti, de tu salud, de tus relaciones, del mundo. ¿Te sientes mirado, sobrecogido?... ¡Expresa tu alegría! Esa es la forma de alabarme.

Deja de complicarte las cosas y de repetir como perico lo que te han enseñado acerca de mí. Lo único seguro es que estás aquí, que estás vivo, que este mundo está lleno de maravillas. ¿Para qué necesitas más milagros?

¿Para qué tantas explicaciones?

No me busques afuera, no me encontrarás. Búscame dentro... ahí estoy, latiendo en ti.”

Carlos Cañas, “Portal de la Reina”, 1967
Técnica mixta sobre panel de madera.
120x158cm
Colección privada



Reseña biográfica

Carlos Cañas

ASTRID MARÍA BAHAMOND

Carlos Cañas nació el 3 de septiembre de 1924 en San Salvador. Ingresó a la Escuela Nacional de Artes Gráficas en 1950, donde permaneció por ocho años. Eligió en su inicial período la temática indigenista aproximadamente en los años cuarenta y cincuenta del siglo XX.

Durante su estadía en España, en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando se enfrenta a novedosas corrientes en boga, especialmente al informalismo y la abstracción. A su regreso a El Salvador en 1957 irrumpe con sus nuevos conocimientos en la tradición pictórica y se dedica a la abstracción, como segundo período de creación, dando lugar a una nueva corriente para el desarrollo del arte nacional, partiendo de que el ancestralismo telúrico precolombino es el contenido simbólico de su innovación estilística.

En su tercera etapa utiliza el dibujo expresionista dedicado a contenidos políti-

cos de la realidad salvadoreña en la que denota una valoración sobre la miseria, desamparo y angustia de su pueblo. Su credo estético consiste en considerar al arte como expresión que debe cumplir una función socio-política-cultural.

La cuarta etapa corresponde a la del “realismo mágico” en la cual regresa a la figuración preciosista, donde demuestra la perfección pictórica. La mejor muestra de este período se puede apreciar en los frescos que decoran la cúpula del Teatro Nacional de San Salvador. Su pintura figurativa conoce tres aspectos fundamentales: el realismo mágico; el mestizaje cultural y la ideología como esencia fundamental.

De tal manera que la armonía, como tipificación persistente de la creación de Carlos Cañas en todas las formas cognoscitivas de las artes visuales, se mantuvo en sus distintos comportamientos en la relación tiempo-espacio y su arte fue contemporáneo tanto de los contextos históricos



De izq. a der, Noé Canjura, el crítico francés Cabanne, Raúl Elas Reyes, y Carlos Cañas en París, junto al Sena

que lo rodearon como a los de su creación aislada y profundamente sensible.

Desde 1958 hasta 1972 Cañas fue profesor de dibujo, pintura e historia del arte en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de El Salvador, siendo nombrado jefe del departamento de Artes y promoción cultural de la Universidad Nacional, y profesor de arte en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, UCA.

Desde 1976 fue profesor de pintura del Centro Nacional de Artes (CENAR). Fun- gionó como director del Cenar desde 1996 hasta 2001. Impartió clases en su estudio desde la década del 2000 hasta 2008.

Su producción artística es vasta: pintura, escultura, dibujo, grabado, ilustración de libros, diseño de escenografía, grabado, murales, adicionalmente es escritor y teórico del arte, también poeta.

Realizó diversas exposiciones retrospectivas, entre las que podemos destacar la del Museo Forma en 1984, la del Centro

Cultura de España en 2000, la de la Sala Nacional de exposiciones en 2012, “Homenaje a Carlos Cañas, siete décadas de creación” en el Museo Nacional de Arte Moderno Carlos Mérida (Ciudad de Guatemala) y en el Museo Nacional de Antropología D.J. Guzmán, San Salvador, “Carlos Cañas obras sobre papel, 1944-2004”, en el Museo de Arte de El Salvador (Marte) , “Carlos Cañas: “Revolución Abstracta”, en el Museo de Antropología de la Universidad Tecnológica de El Salvador en 2009.

Además de sesenta exposiciones individuales y cientos de exposiciones colectivas a nivel nacional, exhibió su obra en Guatemala, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Francia, Italia, Austria, Alemania, Japón, Costa de Marfil. Participó en importantes bienales internacionales como: la I Bienal Hispanoamericana en Madrid, 1961, la I y II Bienal de México (1958-1968), la Bienal de Grabado en Chile(1962), la IV bienal del Grabado en Tokyo (1964), la III Bienal americana de Artes Gráficas, (Cali, 1976), la Bienal

de Medellín (1981), la Bienal de Cuenca en 1987) y la XXIII Bienal de Sao Paulo (1996) donde representó al país de manera individual.

Carlos Cañas recibió reconocimientos y condecoraciones nacionales y extranjeros como: el Premio de Artes Gráficas (San Salvador, 1947 y 1948); el segundo en el Certamen Nacional de Cultura (San Salvador, 1965), una mención honorífica en Certamen Nacional de Cultura(San Salvador en 1967); el reconocimiento por su labor en el campo de la pintura por la Asamblea Legislativa de El Salvador; condecoración José Matías Delgado por el gobierno de El Salvador (1992), la Condecoración de Isabel la Católica del Gobierno de España (2001), el Premio Nacional de los derechos humanos de la Procuraduría General de la República para la Defensa de los Derechos Humanos (2002); Galardón de los Rotarios, San Salvador, 2003);

el Premio Valor Cultural 2003 del Consejo Nacional para la Cultura y el Arte (CONCULTURA) (EL SALVADOR); la Cruz de Santiago del Centro Español y de la Embajada de España en El Salvador (2009); la Condecoración miembro de Mérito de la Fundación Carlos III del Teatro Real de Madrid (2012).

Su obra está expuesta en la Colección Nacional de Pintura y Escultura, el Museo Forma, el Museo Marte, Museo José Luis Cuevas de México, el Centro Cultural de España en San Salvador, y el Ayuntamiento de Arnero, España, Santander, municipalidad natalicia de su esposa.

Carlos Gonzalo Cañas fue ganador del Premio Cultura 2012 en la rama de Artes Plásticas a través de la Secretaría de la Cultura de la Presidencia poco antes de su fallecimiento, acaecido en San Salvador el 14 de abril de 2013.





Una mirada a la joven poesía

Selección de Miroslava Rosales y Óscar Meléndez.
Fotos de Mauricio Linares

VLADIMIR AMAYA

Agujero de gusano

Comparto la misma edad con mi padre.
Él y yo somos de musgos distantes.
Somos del frío.

Venimos
con la canción del otro sucia sobre el pecho,
al unísono
con idéntico rostro hecho pedazos.

Mi padre y yo
nos llevamos amarrados a la sangre
desde un tiempo remoto y terrible.

Yo estuve con él
cuando aún dormía en el vientre de mi abuela.
Y soñaba en su sueño, que era el mío,
la sal rosada
de un mundo entonces ignorado.

Grité con él su primer latido
cuando transparente se eclipsó con la vida.

Sus primeros pasos también fueron mis primeras
sendas.
Mis primeras palabras soltaron amarras desde su
boca.

Y fui con él dentro del tornado de las hojas,
en el dulce resplandecer de los frutos.

Fueron los primeros inviernos de mi padre
los que me dejaron herido el recuerdo de esta lluvia.

Besé con él a todas sus novias.
Todas sus novias fueron mi primer beso en el mun-
do.
También besé a mi madre en el día de su boda.

Con mi padre entré a las cárceles
y a los psiquiátricos de todas las ciudades.

Fue la soledad de mi padre mi “primera comunión”.

Yo estuve con él
frente a ese espejo sin respuestas
y supe de barcos hundidos, de trenes oxidados.

Estreché las manos que mi padre estrechó en su
momento.
Con él probé
las vísceras de la tarde hechas duro hueso de tinie-
blas
y también le di la espalda a Dios
el día en que rechazó todo cáliz.

Mío fue su primer alcohol
que quemó en ese instante mi garganta para siem-
pre.

Su puño fue mi puño en mi cara siempre.
Con él era yo, injuriándome siempre.
Conmigo era él, culpándome siempre.

Y fui con él.
Y vine.
Estoy.

Comparto la misma edad con mi padre
y hoy que muere
también la muerte me lleva.

Plegaria

Madre, se me queman lágrimas en el corazón.
Finjo dormir y la ansiedad crece como un murmullo.

Remonta por mi faringe el vómito azul
de tanto espectro como argamasas en la sangre.

La ciudad es una luna rota en la pupila del espejo
y la luna es del color de tus ojos cuando lloras.

Madre:
dulzaina es la madrugada.
Corazón vertido, las flamas lloviendo.
Y hay gritos,
gemidos de bestias fornicando;
Hombres que mutilan hombres,
mujeres con la cruz de Cristo a cuestras
sin ningún Cristo en su pecho.

Allá afuera está el universo
girando entre sus cabellos de leche agria.
Allá afuera está la vida,
a los pies de mi cama hace relampaguear sus cadenas.

Y yo, ligera gota de sudor en la calentura,
efímera visión en la escoria que el viento agita en su danza.
¿Adónde iré cuando amanezca al otro lado de la noche?
¿Seguirá Dios respirando desde mis heridas su ternura deleté-
rea?

Qué cantar
y qué hacer,
cuando los párpados son plumas y lo vemos todo en la penum-
bra.

Es de madrugada, madre, y se me ahoga el corazón en su cen-
za.
Ni tras estas tiernas sábanas puedo yo escapar de mí.

Frente a uno mismo

El látigo del sol golpea mi puerta.
Abro la entraña limpia,
la masticada duramente por el barro.
Entre mis dedos

una sed de años
exhibe su horripilante musculatura.
Toda la mar se secó en el temblor de mis pulmones.

Llega la hora:
me sumerjo en la tormenta,
desnudo
junto a muchachas que tocan mi cuerpo con su pubis cálido.
Ellas remachan las ventanas
para que el dolor no me clave su pedernal de oro.
Pero caigo desde los pájaros de mi sombra,
me desprendo del mundo
caigo,
espinazo de sal en el vacío.
¿Hay algo más doloroso que no estar muerto?

Yo no sabría decir
cuántos monstruos pesa mi cerebro en la helada punta de los
gritos.
Sólo presiento un brazo de arena en mi pie izquierdo
cuando estornudo en los pasillos de mi casa
y descubro mi alma hecha de naipes negros y plateados.

¿Hay algo más doloroso,
menos frío que la celda de mis pulmones?
Sólo cae la lluvia y no llueve.
Cae con rabia sobre la tierra
olorosa a nuestra carga doble de amor quemado.



Ahora ya no existe la palabra precisa
para pronunciar tanta madera en el naufragio,
tantos hombres como yo
ahogados en los ojos de los hombres.

Tan violento

Muchacha hermosa
que caminas sobre cráneos
con la delicadeza de una bailarina de ballet,
tú eres mi Patria
y el amor que te tengo es mi única Guerra.

Eres la esbelta, la primera y la siguiente.
Amarilla como la suerte de los tréboles.

Por estos callejones
de donde no sale intacto abdomen alguno,
por esta avenida de hombres hambrientos,
ahí te llevo de la mano
y digo que la vida es buena
porque te estrecho en la bruma y calzas mis sueños.

Muchacha,
somos de esta violencia cotidiana
que gira como mariposa ciega entre nosotros,
así como del musgo
que todavía no crece en los balcones.
Por eso te reconozco
en el empuñar atroz de las puntas,
en el cascabelear estridente de los proyectiles
y todas esas cosas no existen porque existen tus ojos.

Muchacha,
me eres la única Verdad
en estas falsas piedras donde los edificios se levantan;
la única Paz y Justicia
en la ensangrentada diadema de las horas.

Muchacha, lo mío,
es tu beso en la bombilla rota de mi cuarto.

Entre los gritos de las protestas,
sólo pronuncio tu nombre,
persigo tu aroma,
tu forma duplicada en cada albor de los semáforos.
Porque
de esos vocablos de hierro y concreto somos.
Cadáveres jóvenes
arrojados a la bóveda del abismo.
Pero bajo tu falda

el horizonte cambia su plumaje y huele a pan.
Por eso
llego a tu mano
antes que a la del mendigo,
por eso mi voz no tiene más color que el de tus ojos.

En el odio de nuestra ciudad,
muchacha,
mi egoísmo es como otro abrazo tuyo
que me salva de la sombra.

Humano

También debe amarse entre los desperdicios,
sobre el esqueleto de las cosas,
bajo el invierno de las bombas atómicas,
en las casas abandonadas.

También debe amarse ahí:
donde el roedor muere solo.

Amar con ímpetu
donde el hedor alza sus tentáculos y estruja al mundo.

Debe amarse en las grietas de las paredes de los hospitales,
bajo las bancas de la iglesia,
sobre el polvo entre libro y libro,
en el rincón donde el agua envejece.
También
donde el pan se enferma de su pan.

(Las cucarachas/ tienen el corazón más grande/ que Dios puso
sobre la tierra)

Culto de la angustia

a J. J. B

Se me ocurrió una vez la vida
lejos del perno candente donde se afinca el mundo.
Más cerca de los labios de todos los hombres,
aún más adentro de cada beso repartido.
Se me ocurrió, como una palabra en su corazón de grafito y de
aire,
como luz que se escucha cuando sobre las mesas se derrama.
(Probar el gusano, llorar la boca.
Llevar los ojos por un fuego hilado en la marea.
Correr, escurrir la vida
saber que en todas la ventanas ha amanecido,
y que hay trenes que deben partir sin conocer el rumbo de su
sombra.)

Así, se me ocurrió una vez, sencilla,
sobre el monolito y la madera.
a mí, que no supe de guerra y esteros de ensangrentada
noche.

Se me ocurrió bajo las sábanas
cuando la amada respiró mi nombre y no pereció entre las
pieles de mis años.

Se me ocurrió, así, limpia en los cuartos del cerebro
Así limpio fui con ella
como el río que corre más allá de la niebla para seguir sien-
do río.

Se me ocurrió una vez y otra, y otra vez era la vida,
ardiendo en el alcohol de los amigos, como pájaro pedazo de
leche,
como aguja de diamante
para resarcir muchas muertes y tantas vidas.

Profunda, fiel en cada puerta donde me arrastraba.
Ancha en su luz y pequeña en su luz se me ocurrió una vez
la vida,
Sin telarañas ni álgebra,
Solo así,
salmo de angustia para nacer la vida.

REBECA HENRÍQUEZ

El carro de heno de John Constable

Este es el día:
Se extiende como una alfombra de nieve sobre un campo de
minas olvidado.
He vertido las páginas de mi historia sobre él,
como el rompecabezas de un paraje hermoso
cuyas piezas son diminutas y brillantes
y sueltan el aroma de los gazapos y los rostros que se con-
densaron con el tiempo.

El llanto de mi niñez remansa en un establo sustentando una
bestia pavorosa.
Las canas argentinas de mi abuela tamizan al cielo.
Mis hermanas se forman como inquietas libélulas
que baten sus alas cristalinas sobre el légamo de un estan-
que.
Y mi madre agoniza en un charco que mi padre abandona
mientras un perro ladra a las huellas que
con torpeza
deja sobre el lodo.

Al finalizar la tarde
el rompecabezas está completo;



y el mundo es una carreta vieja que rebosa de heno a la vera de
un camino.

Esta es la noche.
Un bosquejo impreciso en el que mi nostalgia
se tiende como una sábana limpia para resguardar a un viejo
caballete.

Autismo

Reconozco que he perdido mucho:
He contado los nombres de las cosas
que se me escabulleron como la arena cogida con la mano;
y he despejado e inundado la playa una y otra vez.

Tuve una casa en un lugar vistoso.
En ella descansaban los girasoles decaídos por el humo del
atardecer.

Allí mismo
 las mazorcas blanquecinas germinaban en la alfombra dispuestas a ser segadas
 y de la lámpara colgante caía un brebaje hecho con almíbar y frutas frescas.
 Sin embargo,
 la abandoné una noche
 cuando un hombre que no era mi padre se erigió como su gobernante
 y en mis maletas no cupo aquella campiña.

Así fui la diáspora de la sensatez que me inculcaron en la niñez propicia.
 Emigré por los callejones inasibles de un barrio
 en el que sus habitantes se adherían a los muros con la marcha de las tinieblas.
 En aquel tiempo solía leer sobre la historia del mundo y del universo,
 hasta que en un atardecer imprevisto
 perdí de mi mente las letras y las palabras.
 Nunca salí del país.
 Una madrugada llegué a la frontera del Este.
 Escalé por un Ciprés cuya fragancia me evocó a una persona que amé
 y que un día murió tempranamente en mis brazos.
 Desde el tronco de un Roble rollizo
 me lancé sobre las ramas de los Pinos más altos
 hasta que divisé el final del bosque nebuloso y el principio de un averno temible.
 Resbalé y caí y algunas musarañas negras me cargaron sobre sus lomos
 y las ardillas me alimentaron con néctar y semillas
 y un puma me condujo hacia la autopista.
 Entre la bruma extravié la negrura de mi cabello
 y en mis piernas habitaron miles de arañas
 cuyos tejidos me impidieron volver a viajar.

Comencé, entonces, un negocio prominente
 al costado de un cinema en decadencia.
 Vendía mis huesos afilados como flechas
 a las personas que agobiadas por las tragedias se arrastraban hacia una cima
 y se precipitaban por su hondonada.
 Mi primera entrega fue a un joven de barba carmesí;
 él se acercó con sus ojos plomizos y murmuró una oferta
 y alargó su brazo hacia el dardo más puntiagudo
 y frente a mí
 rasgó su pulmones y sus entrañas
 hasta que solo fue piel y venas ahuecadas.

Todavía soy aquellas cicatrices que perduraran
 por un lapso hasta el fin. Ya no hay cicatrices nuevas.

No hay apremios ni arrepentimientos
 ni la necesidad ineludible de un abrazo en la plenitud de un vendaval.
 Me resguardo.
 Es muy pronto para que las Parcas inicien la labor macabra
 de hilvanar el ropaje límpido de mi muerte.

El extranjero

Llegó a una ciudad cuyo verano se extendía por años.
 En sus calles
 los lagartos eran estatuas cubiertas de un moho impenetrable.
 Perros mortecinos seguían a los transeúntes
 y éstos huían
 y fragmentaban con sus rostros perlados de sudor
 los hatajos vibrantes de moscas y de mosquitos.

La ciudad y su verano implacable le recibieron por la noche
 con el talante de una tolvanera ante el forastero que se emplaza.

No era él
 en aquel tiempo
 un viajero intrépido avanzando de frente y sin retorno
 por cada paraje mundano que se le antoja o se le permite.
 Era, más bien, un vagabundo que llevaba consigo
 adherido a su memoria
 la gelidez de un invierno.

Y como si fuese rastreable la tundra
 le cercaron los coyotes, las libélulas y las culebras.
 Le horadaron el rostro con sus colmillos y aguijones.
 Le vaciaron en una pila amplísima
 y se volvió como un lago rodeado de montañas
 que eran los niños y los ancianos.
 Los hombres se desvistieron y mojaron sus espaldas.
 Las mujeres acarrearon en cántaros todo lo que podían.
 La ciudad fue regada desde los picos de las aves
 y la maleza sucumbió al verdor.

Su cuerpo fue arrojado en el páramo.
 Sus ojos aún abiertos vieron las nubes de una tormenta.
 Y luego
 como en un renacimiento
 el alba le acogió en su bautismo de fulgor.

Cantata errante

*A mi madre,
 porque la nostalgia
 no le es exclusiva.*

En una época insospechada las nubes cayeron como meteoros ardientes,
 el sol se ocultó en el centro de un volcán irascible

y la tierra se tornó gris.
Entonces huí de la devastación que partía de la sombra de mis
ojos
y recompuse mi piel rumbo a un país nuevo.

No obstante
nunca quise irme.
Nunca quise despojarme de los himnos ni de los blasones.
Nunca quise dejar las palmeras ofreciendo
la ambrosía de sus frutos a la arena indolente
ni los senderos y las aceras cubriéndose de herrumbre
ni a las luces de los semáforos
conteniendo y facultando el tránsito del viento y de los murcié-
lagos en la noche.
No quise dejar aquellos que se afianzaron a la decadencia
y que, por ello, sus ojos fueron horadados.

En esta lejanía
cuando tan sólo puedo atisbar lo que ocurre en ese país que
abandoné
comprendo a los que se quedaron;
aquellos que atesoraron los relojes
porque no perdurarían más allá de los contornos
de ese país en el que nacieron y crecieron
aunque ahora sólo sean ruinas,
despojos en las fauces de una bestia de acero.

Sé que muy pronto no quedará nada de ellos,
que nadie se abalanzará con una llama hacia la cumbre de la
alborada,
que nadie sacudirá al firmamento
e irá a las residencias anunciando que es otro día
guiados por el rumor de las hormigas.
Pronto nadie vagará por esa nación inasible.
¿Qué será entonces de ese país sin su lazarillo?
¿Quién juntará las hojas de sus árboles
y las quemará
para hacer de las llamaradas el báculo que le guíe?

En el año del error

*Al sol de la verdad pongo desnuda
mi alma...
Miguel de Unamuno*

El tiempo golpeó su hombro contra el mío
y luego se extravió en un enjambre de burlas y desdenes.
Sobre mi muñeca calcó su semblante terrible
y sin la oportunidad de que lo entendiese se afianzó en mi brazo
como un brazalete forjado con jade y platino.
De ninguna boca o labio supe de las fechas.

Los calendarios estaban en blanco.
Los días zarparon como pequeños navíos rumbo a una guerra
viciada
y solamente en mis entrañas se balanceaba un péndulo
con la frialdad de un reloj que avanza presuroso y sin escrúpulo.
Una esfera colmada de ruidos llegó a mi encuentro.
No pude separar el cántico etéreo de un ángel
de la súplica de una víctima frente a su asesino.
Mi madre enmudeció.
Mi hija se durmió con un llanto ahondado.
Los radios, teléfonos y truenos me abatieron.
Busqué sin mucho esmero los pasos que extravié.
Mi nombre y mi apellido cambiaron tantas veces
así como el sur cambiaba con el norte
en la brújula del olvido.

Deambulé en una casa que no me pertenecía y en la que no sa-
bían de mi presencia.
Cada noche intenté irme
pero mis pies formaban islas que anegaban mis zapatos.
Mis cabellos se batían como hélices y me llevaban de nuevo
al principio de mi huida.
Un perro albino y silente custodiaba mis rumores
y lamía mi frente
y limpiaba mis pesadillas.
Mis pupilas transgredieron las pantallas
y detonaron en medio de sus cristales fluorescentes.
Fui tan sólo un espectro
y el tiempo seguía revuelto con los rostros de la ciudad.

En un segundo advertí que los yerros dejan estelas filosas
como jáculos en manos de cazadores.
Tuve que quitarme de la piel - *tan vasta que parecía un desierto-*
uno a uno
sus agujones.
Tuve que ocultarme en los sueños para evadir sus dardos
hasta que no pude despertar.

En el año del error me extravié
y sólo el tiempo
después de todo su tiempo
logró recomponer su infinito horizonte.

MARIO ZETINO

Un ocaso en el jardín

I

Es aquí
bajo el arco de flores
donde nunca nos encontraremos
que la lluvia vivió una tarde
y la luz que quedaba entre los pétalos de las rosas

fue nuestra vida completa
 crecimos, nos conocimos
 y dejamos de vernos
 y nos perdimos entre el humo de los días
 bajo el sonido de las lluvias.

Es aquí, es aquí
 y yo vi a los enamorados que corrían
 hacia el arco de flores
 la lluvia había sorprendido su calle
 y una veranera caía junto al muro de una iglesia
 ellos corrieron bajo el arco púrpura
 y ahí se rieron
 y se amaron
 y esa tarde
 no pude ser dichoso.

Y cuando cerré los ojos
 llegué a un jardín marchito
 hacía muchos años te habías ido
 y por las puertas
 por las ventanas rotas
 casi a través de las paredes desteñidas
 podía verse un horizonte de desiertos
 mis manos estaban secas como arena
 y ya no pude continuar mirando
 ni estar de pie en el jardín.

Y por eso fue aquí
 aquí
 aquí de nadie
 que corrí a través del arco y pensé
 que pasé sobre mi cadáver recién dejado de amar
 y supe que era tarde para pedir que no subieran el telón.
 Las instrucciones fueron equivocadas
 sí
 se las dieron al actor equivocado.
 Y las luces cayeron sobre mí
 y de pronto vi tu sangre en mi daga
 tú me me mirabas mientras caías y sujetabas tu herida
 y yo sólo pensaba que esa no era nuestra historia
 que no debía terminar así
 que nos habíamos equivocado de obra.
 Pero el telón cayó
 y el público aplaudía.

Entonces abrí los ojos
 y grité
 bajo la tierra
 bajo el arco de flores
 que hace mucho se secó.

II

La noche estaba llena de puertas.
 Una de ellas
 debía llevarnos a la primavera.

Pero a cada paso
 parecía que sólo llegábamos
 al mismo peldaño.
 Nuestras sombras se quedaron inmóviles
 clavadas en la pared.

Dos mariposas revoloteaban alrededor de un bombillo
 y al final de la noche estaban quemadas en nuestras manos.

Hallamos las escaleras hasta un sótano
 donde dos estatuas de sal se miraban.
 Ellas se abrazaron
 y en su abrazo se desmoronaron.
 Nosotros buscábamos la primavera de la que habían venido las
 mariposas.

Tenían que haber venido de allí.
 Tenía que haber primavera.
 Detrás de toda esa noche
 tenía que haber un sol.
 Pero abrimos la última puerta
 y sólo esas mariposas en nuestras manos.

VIII

Cielo ciego que me acompañas
 toca con lluvia mis párpados
 y dime que aún existen los espejos y los pájaros de voz azul.

La noche vendrá pronto y tendremos que dejar los prados
 y los hombres del humo entrarán en nuestro aliento por la puer-
 ta de la cocina
 y harán llorar a mi pañuelo, ya lo verás, cuando se rompan las
 luces.

La noche vendrá pronto para brillar anillos en tu espalda
 y robará tus dos ojos con una aguja de plata
 y no podré prestarte los míos
 porque los habitantes del olvido se habrán llevado mi sombra.

Y mi pañuelo sufrirá, ya lo verás
 lo verás con tus ojos en las manos de un extraño gris
 y mi voz que se borra con la luz de las últimas estatuas.

Júrame que mañana vendrá un pájaro gris que nos encontrará
 en nuestros ojos
 y que un sol con ventanas y martillos vendrá para sacarnos de

nuestros párpados.
 Júrame que no importan las medusas que la luna colecciona en mi cabeza.
 Júrame que mañana habrá mañana para volver a jurar.

Yo sé que las cenizas de mis alas aún existen en algún lugar del viento.
 Yo sé que no soy malo, no exactamente malo
 sino que sólo he visto que ningún rostro espera tras mi última máscara
 y sueño pájaros de voz azul mientras me ven todas mis tumbas
 y tus ojos desiertos como el frío cuando la noche no acaba.

X

Alguien hay a lo lejos que te nombra,
 que edifica con hojas tu sonido,
 y te trae del tiempo en que sucedes
 y despierta la luz en que dormías.

Alguien es a lo lejos de los días
 que te dice y parece que cantara,
 que te dice y parece que no fuera
 y parece que no dijera nada.

El silencio se puebla de tu nombre.
 Una ciudad nocturna enciende lámparas.
 De tu nombre las cosas surgen todas
 y surge el sueño todo y las palabras.

Alguien te hace palabra y dice todo.
 Todo deja de ser si alguien te calla.
 Todo encuentra su muerte en tu silencio.
 En tu ausencia completa todo es nada.

A lo lejos del tiempo que te envuelve
 una voz te susurra y te desata.

Lleno de hojas y música es el viento.
 Hay otoño a lo lejos. Alguien canta.

ROBERTO DERAS

Elegía para Allen Ginsberg

¿Qué eres ahora, un Espíritu?

ALLEN GINSBERG

Allen,
 viste podrir las mejores mentes de tu generación
 y las más irreverentes,
 mientras marchabas de Estado a Estado,
 mientras corrías entre lupanares de vehículos, con música estridente,
 mientras un saxofón sonaba en la alucinógena mente del conductor,

vos mordías las mejillas de tus acompañantes.

Allen,
 con tus informes ofendiste al mundo,
 porque pocos podían entender tus desnudas palabras,
 porque cada verso era un balazo certero en la sien de las salvas-
 jes guerras,
 y en los anos de quienes cagan al mundo.

Allen,
 pusiste a los blancos a lamerles el culo a los negros,
 y hubieses hecho el amor con el Che de haberlo encontrado.
 Norteamérica te odió, te odia.
 New Jersey es una ciudad podrida como cualquier otra,
 con pobres en cada esquina y el estúpido hombre blanco y rico
 consumiendo toda la

energía del mundo,
 New Jersey te escupió, New York te escupió, Texas también.
 Tuviste que ir a México, Europa,
 Mientras en cada estación orinabas a las autoridades,
 mientras viajabas con alucinógenos,
 con Dylan de fondo,
 entre el neón, el peyote y los semáforos.
 Vos, petulante, porque creías en tu cabeza calva y sexy,
 porque te burlaste de los comunistas,
 porque no te entendieron los comunistas,
 porque también te burlaste de los rusos y de los chinos
 y esos tiempos no eran para asumir con seriedad a un marica,
 ni a uno famoso,
 a pesar de que habían muchos maricas, sobretodo Norteaméri-
 ca, por naturaleza.
 Pero Allen, Norteamérica no logró sus comunistas,
 ni trotskistas, ni maoístas,
 ni ningún ista.

Norteamérica sólo logró asesinos
 hombres fuertes que occidentalizaron el mundo.
 Eso lo viste Allen, lo escribiste.
 Y escribiste notas y audaces versos.
 Con tus aullidos besaste el alma de Cassidy mientras su cuerpo
 se hizo ceniza.
 Como en el jazz, improvisaste con tus versos y conquistaste
 muchachos,
 fuiste cercano al primer pensamiento.
 ¿Qué eras Allen, qué fuiste?
 ¿Un poeta excéntrico?
 ¿Qué es ahora?
 ¿Un espíritu de poeta?

Allen:
 llama en el invierno,
 sensibilidad en el granjero de la muerte
 desierto en el jolgorio del mundo.

Ensayo Consuelo Suncín de Saint-Exupéry y *El Principito*

YUKITAKA HIRAO

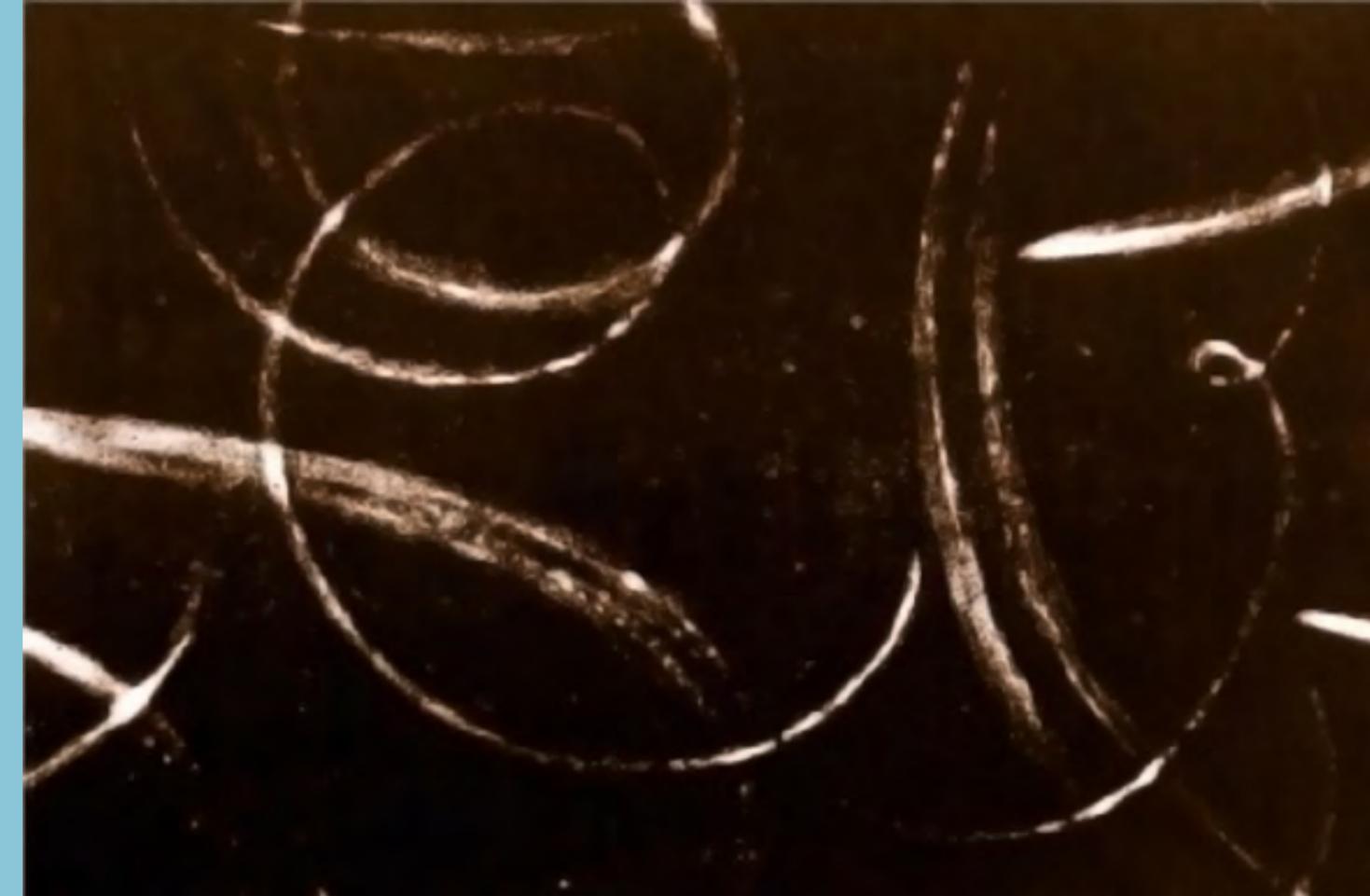
Consuelo fue la esposa de Antoine de Saint-Exupéry, el escritor francés autor de *EL PRINCIPITO*, la obra más leída en el mundo después de la Biblia.

Consuelo nació en Armenia de El Salvador en abril de 1901. A los 19 años, salió de Armenia y fue a San Francisco en Estados Unidos. Después vivió en Ciudad de México, París, Buenos Aires, Oppède (Provenza, en Francia), Nueva York y Grasse, en Francia. Falleció en Grasse en mayo de 1979.

Yo visité Grasse en octubre de 2005 cuando se realizó una exposición dedicada a Consuelo. Grasse es un lugar hermoso, siempre lleno de flores. Además, esta ciudad tiene muchas fábricas de perfumes. Por eso, al caminar por sus calles, uno puede disfrutar de distintos aromas. Al final de la primavera y en otoño se cosechan las rosas para los perfumes.

La segunda hermana mayor de Antoine, Simone, en su libro *ANTOINE, MI HERMANO MENOR* (1963) dice sobre Consuelo: “Dotada de una vitalidad infinita, esta mujer sumamente atractiva y llena de imaginación fue una constante fuente de inspiración para Antoine. Creando el personaje de la Rosa en *EL PRINCIPITO*, él encarnó a Consuelo”.

En Northport, al norte de Nueva York, sobre la costa atlántica, hay una casa que se conoce con el nombre de Bevin House. Gran parte de *EL PRINCIPITO* fue escrita ahí. Consuelo había encontrado esta casa para que Antoine pudiera escribirlo en un ambiente cómodo. André Maurois, el gran escritor francés, amigo de Consuelo y Antoine, se hospedó como invitado en esta casa. El



fue testigo de cómo se escribió.

Escribe André Maurois:

“Yo estuve en su casa en Long Island. Junto con Consuelo, Antoine había alquilado una casa grande. Justo en ese entonces, Antoine estaba escribiendo *EL PRINCIPITO* (*Le Petit Prince*). Después de la cena él se ponía a charlar, a contar cuantos cortos, a cantar, a jugar cartas. Cerca de medianoche, después de ver que los demás se habían ido a dormir, se sentaba frente a su escritorio. Como a las dos de la mañana, unos gritos desde el piso de abajo me despertaban. “Consuelo, Consuelo,... ¡tengo hambre! ... Ven a prepararme unos huevos revueltos.” Consuelo bajaba las escaleras. Como estaba totalmente despierto, yo también me unía a ellos. Entonces Saint Exupéry recuperaba su buen humor y se ponía a conversar animadamente. Con el estómago lleno, empezaba nuevamente a trabajar. Nosotros nos esforzábamos para volver a dormir pero no nos daba tiempo ni para dormir. Después de dos horas, se oían gritos por toda la casa. “¡Consuelo, estoy aburrido! ¡Ven a jugar al ajedrez conmigo!” Además, Saint-Ex nos leía lo que estaba escribiendo y Consuelo, siendo ella misma una poeta, contaba rela-

tos inspiradores que lo hacían pensar.”

Así Consuelo había ayudado a Antoine a completar la historia de *EL PRINCIPITO* y los dibujos. Sin Consuelo, esa obra nunca hubiera existido.

Entre los escritos dejados por Antoine hay uno que es mi favorito. Se trata de una conmovedora oración escrita para que Consuelo la recitara todas las noches. Consuelo se habrá sentido aliviada al recibirla por correo desde África donde se encontraba Antoine unos meses antes de su muerte. Se dice que a Consuelo le gustaba mostrar la oración a la gente.

Aro Naito, traductor de *EL PRINCIPITO* al japonés, menciona esta oración en su libro *EL PRINCIPITO Y YO*. Dice así:

“Señor, no vale la pena que te preocupes por mí. Hazme simplemente como soy. En las cosas pequeñas, parezco vanidosa, pero en las importantes soy humilde. En las cosas pequeñas parezco egoísta pero en las importantes soy capaz de darlo todo, hasta mi propia vida. En las cosas pequeñas parezco impura pero sólo soy feliz en la pureza.

Señor, mi esposo es una persona que entiende lo que tengo dentro de mí. Por favor haz que sea siempre la misma mujer.

Señor, Señor, protege a mi esposo porque él me ama de verdad y con él nunca seré huérfana, pero Señor, haz que él muera antes que yo porque aunque parezca fuerte, él se desespera cuando no me escucha haciendo ruido en la casa. Señor, no dejes que se desespere. Haz que siempre haga ruido en la casa, aun cuando a veces tenga que romper algunas cosas.

Ayúdame a permanecer fiel y que no vea a los que desprecian a mi esposo o a los que lo odian. Ello lo haría sentirse desgraciado porque él ha hecho su vida a través de mí.

Señor, protege nuestra casa.

Amén.

Antoine, al escribir esta oración, debe haber tenido sentimientos complicados y debe haberse sentido dolorido. Se debe haber sentido responsable por la falta de armonía en su vida matrimonial y ello lo llevo a escribirla”.

Hasta ahora les hablé sobre Consuelo y Antoine. A continuación quisiera referirme a *EL PRINCIPITO*, obra maestra de la literatura universal.

En el 2006 la escuela de escritores de Madrid planteó para el Día del Libro que a través de su página web, ciudadanos de España y América Latina escogieran el libro que mejor los definiera como personas, y que explicaran de qué forma les había influido su lectura. *EL PRINCIPITO* fue la obra más escogida, superando a otros clásicos como *RAYUELA* de Julio Cortázar *CIEN AÑOS DE SOLEDAD* de Gabriel García Márquez y el *QUIJOTE* de Cervantes.

Fragmento de la conferencia EL PRINCIPITO, EL TSUNAMI Y EL REACTOR NUCLEAR, leída por su autor en la sede de la Dirección Nacional de Investigaciones de la Secretaría de Cultura durante la inauguración de la exposición sobre Consuelo Suncín de Sant-Exupéry en noviembre de 2011.

Stanley Kubrick fotógrafo

Wally Romero

Si nombramos a Stanley Kubrick automáticamente pensamos en cine, en 2001 ODISEA EN EL ESPACIO, CARA DE GUERRA y en LA NARANJA MECÁNICA entre otras obras de arte de la pantalla grande, pero seguramente muchos desconocerán que sus inicios fueron en la fotografía y con una cámara Leica en sus manos.

Stanley Kubrick, uno de los directores de cine más influyentes del siglo XX, empezó en la fotografía cuando su padre a los 13 le regaló su primera cámara y comenzó como fotógrafo profesional a los 17 años. Y es que a esa edad logró vender uno de sus negativos a la revista Look. En su primera foto retrataba a un vendedor de periódicos el día que murió Franklin D. Roosevelt.

Al poco tiempo de vender su primer negativo pasaba a ser un reportero en nómina de la revista, el más joven de la misma. A finales de los años 40 empezó a hacer reportajes sobre la vida cotidiana en Estados Unidos durante la postguerra, pero los reportajes no fueron lo único que la cámara de Kubrick capturó también pasaron grandes personalidades como el actor Montgomery Clift o el boxeador Rocky Graziano.

Su estilo se caracterizaba por su tono narrativo, una forma de hacer reportajes que le sirvió para realizar su primer cortometraje, DAY OF THE FIGHT, sobre la vida del boxeador Walter Cartier.

Les dejo algunas de sus fotos, no por nada es uno de mis directores favoritos.





Poema

«La Bestia».

(The American way of death)

DANIEL RODRÍGUEZ MOYA

*Somewhere over the rainbow
Way up high,
There's a land that I heard of
Once in a lullaby.*
E.Y. Harburg

*Pero el horrible tren ha ido parando
en tantas estaciones diferentes,
que ella no sabe con exactitud ni cómo se llamaban,
ni los sitios,
ni las épocas.*
Dámaso Alonso.

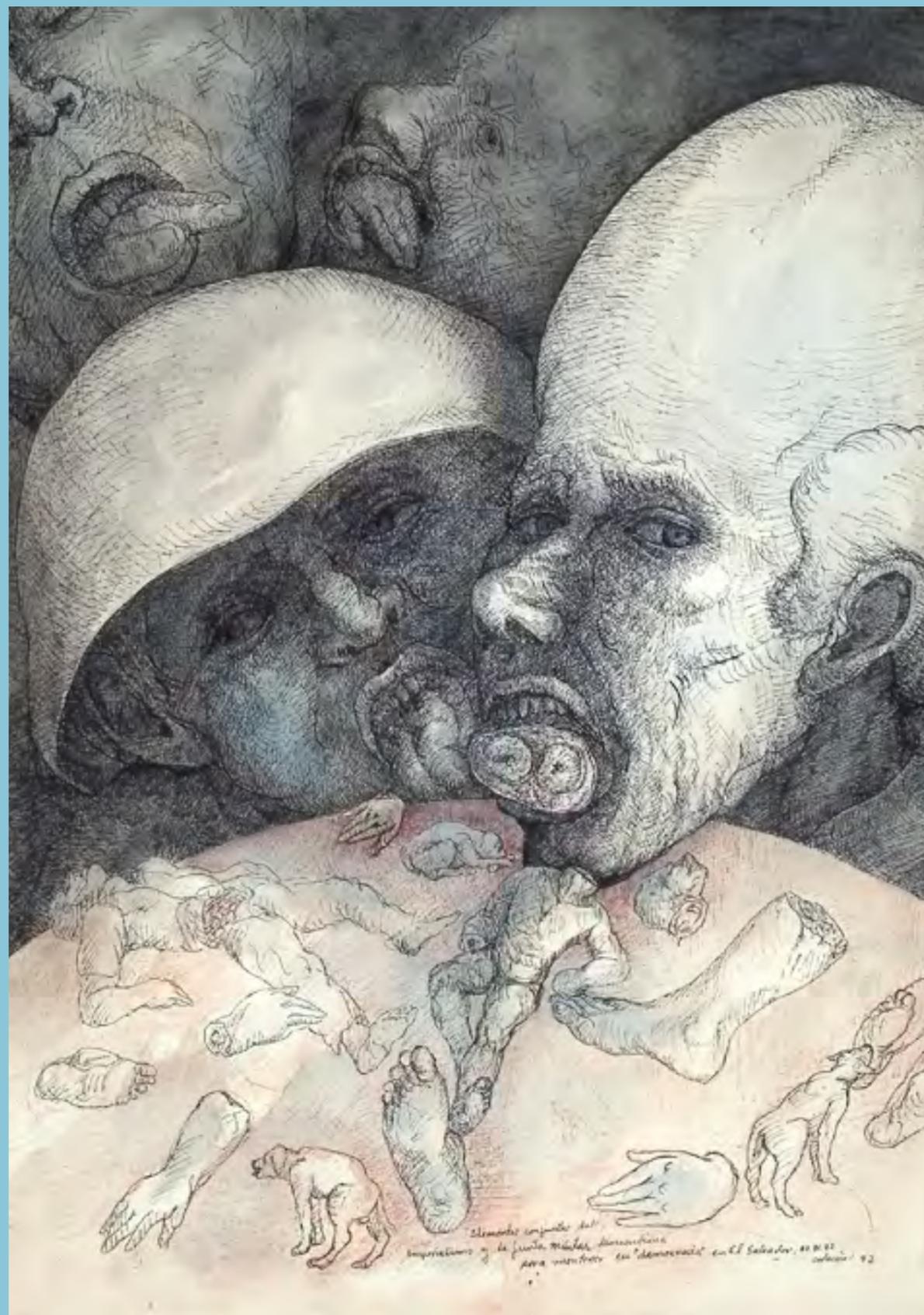
Tan filoso es el viento que provoca
la marcha de la herrumbre
sobre largos raíles,
travesaños del óxido...

Y qué difícil es
ignorar el cansancio, mantener la vigilia
desde Ciudad Hidalgo
hasta Nuevo Laredo,
sobre el 'Chiapas-Mayab' que el sol inflama.

Nadie duerme en el tren,
sobre el tren.
Agarrados al tren
todos buscan llegar a una frontera,
a un sueño dibujado como un mapa
con líneas de colores:
una larga y azul que brilla como un río
que ahoga como un pozo.

Atrás quedan los niños y su interrogación,
las manos destrozadas de las maquiladoras
que en un gesto invisible
dicen *adiós*,
espérenme,
es posible que un día me encame a un vagón.

Queda atrás Guatemala,
Honduras, Nicaragua, El Salvador,



Carlos Cañas, "Alimentos de la Junta", 1982.
Serie TESTIMONIOS. Tinta y acuarela sobre papel.
75 x 55cm. Colección del artista

un corazón de tierra que late acelerado.

Las gentes congregadas muy cerca de la vía
con un trago en la mano,
el olor a fritanga y a tortilla
como si fueran fiestas patronales,
esperando el momento para subir primero,
y no quedarse en el andén del polvo,
montar sobre 'La Bestia', en el 'Tren de la Muerte'
o esperar escondidos adelante,
en los cañaverales,
con un rumor inquieto.
Y esquivar a la *migra*.

Después habrá silencio durante todo el día,
un silencio asfixiante,
como un arco tensado que no escogió diana
y una tristeza
de funeral sin cuerpo
y paz de cementerio.

Es mejor no pensar en las mutilaciones,
en la muerte segura que hay detrás de un descuido
o en los rostros tatuados.
Amenazan igual que los jaguares,
aprovechan la noche y sus fantasmas
y ya todo es dolor y más tragedia.

Es tan lenta la noche mexicana...
Bajo la luna inquieta
una herida de hierro y de listones
traza un perfil oscuro,
un reguero de sangre que seguir.

El olor de la lluvia sobre la tierra seca
se corrompe mezclado con sudor y gasóleo.
Es agua que no limpia, que no calma la sed,
que sucia se derrama
entre las grietas de la vieja máquina,
una oscura metáfora del animal dormido.
Escrito en un cartel: "Nuevo Laredo.

¡Lugar por explorar!"

El *coyote* ya espera
para cruzar el río,
atravesar desiertos,
y burlar el control, la *border patrol*,
los perros, helicópteros,
¿*aquello tan brillante es San Antonio?*,
el sol de la injusticia que percute las sienes.



Carlos Cañas,
"Comida democrática", 1982.
Seria TESTIMONIOS.
Tinta y acuarela sobre papel. 55 x 75 cm.
Colección del artista.

Sopla el viento filoso en la frontera
y otro tren deja atrás el río Suchiate,
los niños, las maquilas,
la arena de un
reloj que se hace barro.

Transitan los vagones por los campos
donde explotan las más extrañas flores.
Pasan noches y días
como sogas del tiempo en marcha circular.

Cada milla ganada a los raíles
aleja en la llanura otra estación del sur.
Marcha lenta la máquina
con racimos de

hombres a sus lados.
El humo del gasóleo
difumina un perfil que se pierde a lo
lejos.

Ha pasado 'La Bestia' camino a la frontera.

Avanza hacia el norte
el viejo traqueteo
de un tren de mercancías.

Teatro

Almuerzo entre dioses

Drama en dos actos

ARMANDO MOLINA

Personajes

VICENTE

RAÚL

JULIO

MARTA

ESTUDIOS

[Una pareja de enamorados]

[Un policía]

ACTO I

La escenografía consiste en un lugar abandonado, una especie de caseta de estación desvencijada y deteriorada por el tiempo y el mal clima, colocada sobre una tarima de madera (andén) a la izquierda del escenario. Al otro extremo hacia el fondo, está un promontorio de basura y desperdicios: botellas rotas, llantas viejas, papeles quemados, latas de cerveza y soda, cartones rotos, etc. Aquí y allá, pequeños arbustos de floritas moradas, y el trasfondo es de fachadas traseras de edificios viejos de pensiones y tendedores de ropa. Tiene que haber un ruido urbano constante (escapes de buses, bocinas de carros, sirenas, y el rumor general de la ciudad).

— SE LEVANTA EL TELÓN —

Son aproximadamente las cuatro de la madrugada. El ruido urbano es casi imperceptible. La luz sobre el escenario es tenue,

similar al claroscuro del alba, con el propósito de enfatizar siluetas (efecto blanco y negro agudo). Sobre el ruido urbano, la mezcla sutil de música —preferiblemente "Echoes" de Pink Floyd—. Sobre la tarima de madera se encuentra en primer plano la silueta de una mujer (Marta). La mujer está acurrucada, con los brazos alrededor de las piernas y tiene la cabeza sumida entre el pecho y las piernas. La mujer tiembla y tiene espasmos de corta duración. Gime levemente y en ocasiones ríe.

La escena de la mujer es un primer plano de larga duración. Luego, del lado izquierdo del escenario, se enciende una intensa luz blanca (spotlight). Una canción ("Vereda tropical" o "La gloria eres tú") se escucha y sale a escena una joven pareja de enamorados. El joven va vestido con uniforme militar de gala y la joven con vestido de fiesta de encaje celeste; son dos figuras irreales, etéreas. Bailan durante un tiempo mientras la mujer sigue agitándose violentamente. El baile, la luz y la música se interrumpen de repente por el ruido de un portazo.

(Sale Julio de la caseta. Arrastra los pies al caminar. Viene agarrándose el estómago. Gruñe, murmura maldiciones y obscenidades. Vomita y luego se estira con movimientos acostumbrados. Mira a la mujer, pero no le hace mucho caso. Mira al cielo, mira hacia la caseta. Suspira profundamente. Se pasea nervioso de un lado a otro, con pasos breves. Vuelve a suspirar.)

JULIO (Mirando a la mujer) — ¿Otra vez jodi-

da, Martita?.. Eso le pasa por glotona. Ayer ni quiso dar las buenas noches. ¿Se da cuenta ahora lo que le pasa? (Vuelve a estirarse) A ver, dígame, ¿cómo estuvo la película de anoche?.. ¿Se divirtió? (Se acerca a la mujer, riéndose, y la toma del pelo para verle el rostro. Con disgusto.) ¡Esta vieja sí que ya no sirve para nada!... ni para... (Gestos obscenos)

(Julio se baja del andén y se acerca al promontorio de basura a orinar. Buscándose en los bolsillos.) ¡Putá, hombre, y ni siquiera un maldito cigarro! (Pero del bolsillo del pantalón saca un frasco o botella de mediano tamaño que contiene un líquido blancuzco. Mirando con cautela hacia la caseta, se lo empina y se bebe hasta la última gota.) Será mejor que empiece a talonear el traguito de hoy, mano. Va' ser un día largo... A ver si agarramos al farmacéutico hoy... Entonces sí que nos componemos. Sí, hombre, ahí'stá la compostura... Se nos acaba esta buscadera de alcohol por un buen rato... (Pausa) ¡Pero por Dios que me caería lindo un cigarrito ahorita mismo!.. Ni modo, a buscar un par de colillas se ha dicho... ¡Y esta vieja que no sirve para nada! (Pausa) ¡Putá, hombre, no es justo que sólo a mí me toque ir a buscar ese trago!.. Pero ni modo, a ver de qué se trata el asunto hoy día, a ver si hay suerte. (Con ira) ¡Y ni siquiera un hijue'puta cigarro!

(Julio sale del escenario)

MARTA (Gimiendo) – Aurelio... Aurelio... No te vayas, cariño. ¿Oís la canción?.. ¿No?... Pero si la están tocando para nosotros, amor.

¿La oyes? Ahí está otra vez. ¿Te acuerdas, Aurelio? (Suplicante) Aurelio... Aurelio... ¿Pero por qué te vas, amor? Por favor, cariño. Te lo prometo, sí... Pero no te vayas, por Dios. Mira que te necesito. Sí... sí. Te lo prometo. Lo que quieras, amor. Pero no te vayas. Vuelve aquí. (Pausa. Acariciando imaginariamente) Eso, eso está mejor, cariño. ¿La oyes? Es linda, ¿no?.. ¿Te acuerdas cómo nos gustaba cuando éramos novios? ¡Ay, cómo me encantaba! ¿Verdad que es linda? (La tararea) Ahora prométeme que no te irás... ¿Verdad que me llevarás? Sí, mi amor... Ya no estaremos separados otra vez... Nunca más, te lo prometo.

(El escenario oscurece momentáneamente –cambio de tiempo–. Ha amanecido del todo. La mujer aparece ahora recogiendo papeles y hierba seca de los alrededores, y los amontona frente a la caseta. Tiene una hornilla preparada; sobre la hornilla, un cubo de hojalata de leche o cualquier otra marca conocida. Tararea patéticamente la canción.)

(Sale Raúl de la caseta)

Raúl (Con voz débil) – A ver, Martita, ¿quiere que la ayude?

Marta (Avergonzada. Las manos le tiemblan violentamente. Ella intenta de ocultarlas.) – ¡Ay, no se preocupe, si yo sola puedo!

RAÚL – Venga, deje que le ayude a hacer ese fuego.

(Sale Vicente estirándose. Es un viejo muy enfermo que camina con dificultad. Viene



Calos Cañas, "El Sumpul", 1984. Óleo sobre lienzo. 114 x 146 cm. Colección Museo de Arte de el Salvador

encorvado, arrastrando los pies. Mira a su alrededor, y suspira profundamente.)

MARTA – No se preocupe; si no he amanecido tan mal, hoy día. Anoche sí que tenía unos calambres bien feos en el estómago, viera. Pero hoy desde temprano ya me siento un poquito mejor.

VICENTE (Interrumpiendo con una voz carrasposa y aguardentosa) – ¡Nada que no se cure con un buen trago, hombre! (Se ríen los tres, avergonzados) (Pausa. Aclarándose la garganta) Bueno, Raulito, ¿y hoy qué nos va a conseguir en el hospital?

RAÚL – Pues cualquier cosa que caiga, Vicente. Ojalá todavía no sea tarde, ayer se me adelantaron esos bolos del Zurita... ¡se llevaron todo lo mejor esos babosos! Sabe, mejor me voy yendo ya, no vaya a ser... ¿Qué hora cree usted que es?

VICENTE (Mirando al cielo con profunda

tristeza) – Yo diría que como las cinco y media... Quizá más tarde. (Larga pausa)

RAÚL (Murmurando, triste) – Quizá más tarde... Quizá más tarde... (Pausa rápida) Bueno, mejor me voy dando la vuelta por allá... No vayan a ser las cochinas...

MARTA – ¿Quiere que le acompañe, don Raúl?

Raúl (Llamándole la atención tiernamente) – ¡Por Dios, Martita, ya le he dicho que no me llame don Raúl! Mire que me hace sentir ya de muerte.

MARTA (Asustada, y como avergonzada) – ¡Huy, don Raúl, no diga eso, usted!

RAÚL – No, mujer, no se asuste. Este pellejo tiene para otros diez años más aquí en el deporte. (Ríe) Bueno pues, mejor que me vaya dando la vuelta por allá si quiero conseguir algo bueno pa'el almuerzo.

MARTA – ¿De veras no quiere que lo acom-

pañe? No quiero quedarme sola otra vez. Yo le tengo miedo al policía ese que se pasa por aquí todos los días.

RAÚL – Pero si aquí se queda Vicente, Martita. No tenga miedo. Él es buena gente.

MARTA – Sí, yo sé que él es bueno. Pero es que él se fondea y después ni se fija en nada. Ya vio usted lo que pasó anoche.

RAÚL – Por favor, Martita, no me acuerde de eso. Mire que me va ser sentir mal... Y a todo esto... ¿dónde está ese cabrón? Tenemos que hablar del asunto de la “farmacia”.

VICENTE – Se fue temprano a conseguir el trago de la goma, dijo. Ya no tarda en venir.

RAÚL – Dígale a su primo que la próxima vez no respondo. No me gusta cuando se pone así de violento. La próxima vez le rompo el hocico (Pausa) ¡Putá, hombre! ¡Y pensar que nos vamos a meter a hacer el trabajito ese del farmacéutico con ese cabrón!.. Ojalá y no vayamos a meternos en un guévo.

VICENTE – Tiene que comprender, Raulito, que él es así. Se le pasa la mano con el trago y luego la agarra con cualquiera que tenga enfrente... Además ya tenemos bien capeado el trabajito. No se preocupe tanto, hombre.

RAÚL – Sí, hombre, pero ofende con todas esas babosadas que dice; insulta... Pero bueno, después del trabajito de todas maneras cada cual para su casa... ¡Y es que

ofende ese cabrón, n'ombre!

VICENTE – Pero no de verdad... Sólo está borracho, Raúl.

RAÚL (Con brusquedad) – ¡A mí no me importa si está borracho o no! ¡La próxima vez que se meta con ella le rompo el hocico y se acabó!

VICENTE – Bueno, allá usted.

RAÚL – Usted dice eso así de fácil porque no se fijó en lo que pasó anoche. Se quedó ahí tirado en el suelo, todo fondeado...

VICENTE (Tristemente) – No, Raulito, no estaba fondeado... Estaba viviendo. (Pausa larga) Pero, ¿y qué fue lo que pasó anoche?

MARTA (Interrumpiendo, avergonzada) – No, si no pasó nada, Vicente. Es que a Julio se le pasó la mano, eso es todo.

RAÚL – ¡Qué va ser, mujer! Si la quería vio...

MARTA – ¡Por favor, don Raúl! ¡No diga usted nada!

RAÚL – ¡Y sigue usted con lo de don Raúl! Está bien, ya no digo nada. Mejor me voy. Quédese ahí tranquila. Ahí platique con Vicente... Y no se fije en el policía ese. Si usted no lo mira, no le hace nada. Ya sabe: perro que ladra no muerde.

MARTA – Está bien pues. Pero no se tarde... (vacila)... Raúl.

RAÚL – Ahí nos vemos más tarde, a la hora

de almuerzo.

(Raúl sale por el lado derecho del escenario)

– LUCES FUERA –

(Cambio de tiempo. Cuando las luces vuelven a encenderse, ya es un poco más tarde del mismo día) (El policía se da una vuelta a lo largo del escenario. Lleva lentes oscuros y un exagerado garrote entre las manos. Marta y Vicente se quedan inmóviles. El policía sale de escena.)

VICENTE (Agachándose con gran esfuerzo para recoger papeles y hierba seca. Trastabilla momentáneamente. Y luego cae al suelo con gran ruido.) – ¡Ay Dios, estas mis piernas ya no sirven!

MARTA (Le ayuda a levantarse. Los dos tiemblan temerosos. Ella está muy débil) – Venga, Vicente, levántese. No diga esas babosadas. Usted todavía está bien, hombre... Recuerde que hoy por la tarde le va a dar uso a esas piernas... Usted está bien... ¡Si ya hasta parece un muchacho!...

VICENTE - ¡Bien jodido, Martita!.. (Mirando a la mujer con ternura, casi con una especie de coquetería) Ah, si yo le contara lo fuerte que eran mis piernas antes...

MARTA – Si ya me lo imagino...

VICENTE - ¡Putá, hombre! ¡Por Dios que yo era el mejor futbolista de mis tiempos cuando estaba bien! Y míreme ahora: más jodido que un chucho. ¡Pero ni los chuchos,

por Dios! Le juro que en este país ésos comen mejor que nosotros. Por Dios que sí, hombre.

MARTA – No diga esas cosas, Vicente. Me va a poner triste.

VICENTE – Ah, Martita, yo ya tengo dieciocho años de andar triste por estas calles... Quizá desde que usted era una muchachona... Si yo lo único que le pido a Dios es que me trague la tierra de una vez por todas. Pero ni Él me hace caso ya. Dieciocho años, Martita... Unos dieciocho años tan largos. Como si todo este tiempo hubiera estado metido en un hoyo... un hoyo negro y apestoso. Eso ha sido mi vida: Un hoyo negro y apestoso. Sí. Así de sencillo... Y lo peor del asunto es que no puedo salirme de allí (Quebrando la voz) ¡Y cómo voy a salir de allí, a menos que sea muerto! (Pausa. Llorando) Y es que yo lo que quiero es morirme, Martita. Sólo eso... morirme. Ya eso de dejar de beber, para mí ya no sirve. Sólo quiero morirme... Yo ya no estoy para andar haciendo trabajitos de salir corriendo.

MARTA (Asustada) – Por favor, Vicente, no diga eso. Si yo también a veces quisiera componerme. Raulito me lo dice a cada rato. Él dice que nos vamos a componer después del asunto del farmacéutico... Y que nos vamos a ir por ahí... A empezar otra vez.

(Lo deja recostado contra el andén)

VICENTE (Con los ojos cerrados. En una voz aguardentosa, con accesos de tos en me-

dio del monólogo) – Pero usted está joven, Martita. Todavía puede componerse. Pero míreme a mí. ¿Quién va a dar algo por un viejo como yo... un viejo que sólo vive de recuerdos? (Echándose a reír patéticamente) ¡Un pinche viejo loco!... Y encima con ese carajo de mi primo que es un diablo el hijue'lule!.. Ah no, para mí ya no hay remedio. Yo ya estoy cansado. Este partido de fútbol lo perdí. (Gritando) ¡¡Marcador Mennen!! ¡¡LA VIDA 3!! ¡¡VICENTE 0!! (Ahora riéndose, todavía con los ojos cerrados) ¡Je, je, je! Este partido lo he perdido con puros penaltis y tiros de esquina. Ah, maldito. (Se enciende spotlight. Cae directamente sobre su cabeza. Mirando hacia arriba, hacia la luz, con una expresión de ira en el rostro) ¡Y por qué no me dejas ir! ¡¿Tanto te gusta verme jodido?! ¡Sácame ya de este partido! ¡Dale la oportunidad a otro! (Ahora vuelve a su expresión normal de tristeza) Mire, Martita, hubo un tiempo en que yo era de los vergones. Jugaba en el mejor equipo de El Salvador. Hasta fui a jugar con los ticos del Saprissa y las Chivas de Guadalajara, imagínese... Tenía de todo. Veinte añitos. Jovencito. No muy feo que digamos... ¡Digamos que regularón pues!... Pero era bueno para el balón yo. Puros goles. Como en mi vida. Puros goles también. Para decirle la verdad, toda mi vida era como un gran partido de fútbol... ¿De qué año le estaré contando? ¿Dónde vivía yo entonces?... Eso no importa. Es por ahí por los sesentas. En esos días como lo único que me importaba era jugar fútbol, ni casa tenía, fíjese. Vivía en un pupillaje del centro. Entrenar los martes y los jueves, y partido los domingos. Y después del parti-



Carlos Cañas, "Los sueños del zapatero remendón, sueños son", 1977. Óleo sobre lienzo. 130 x 97 cm. Colección privada.

do, las cervecitas, claro... Bonito, hombre, bonito. Clarito como el cielo de noche de Cuscatlán... Y siempre habían por ahí muchachas, no faltaba más. Así como usted de bonitas. Mujeres sencillas. Sin complicaciones. Bonitas de querer. Usted ya sabe: Ir al parque a soñar. A soñar esos sueños de hojas de almendro en flor. Cuando tenía la oportunidad de ser feliz, me decía. ¡Qué lindo era eso, por Dios! ¿Verdad que no me puede imaginar así como le cuento, Martita? No importa. ¿Qué va a importar? Y es que era bonito, Martita. (Spotlight de nuevo. Directamente de arriba, sobre la cabeza. Mirando la luz. Con gran ira, gritando)

¿Qué quieres que haga? ¿Qué me ponga de rodillas ante ti? ¡Mírame, aquí estoy postrado! ¡Decímelo pues! ¡Mové tu dedo y que me coma la tierra, pero que sea ya!... ¿Que no ves que quiero ver tu rostro, sentir tu amor?... (Spotlight se apaga. Se rostro vuelve a la normalidad) ¿Sabe usted, Martita? Era bonito entrar a la cancha los domingos. Los gritos en el estadio. La gente en las graderías. El verdor de la grama. El mundo dando vueltas. y vueltas, y vueltas... Todo se movía ante mis ojos... el balón entre mis pies... El tiro al marco... (Entusiasmándose. Gritando) ¡¡¡G-O-O-O-O-O-L-L-L-L!!! ¡¡¡ G-O-O-O-O-L-L-L-L!!!...

(El grito culmina en un brutal ataque de tos. El ruido urbano se mezcla con la tos. Volumen alto: pitos de carros, rumor de la ciudad, escapes y sirenas, etc.)

(Vicente se queda llorando. Rostro completamente compungido. La luz se vuelve a Marta rápidamente.)

(Cuando la luz vuelve a la normalidad, queda en escena Vicente, dormido. Se retuerce y murmura cosas en sueños.)

- PAUSA. MOVIMIENTOS ACTORALES -

MARTA – Uf, ya se volvió a fondear este viejo... Pobre, está peor que yo. (Una mano le empieza a temblar involuntariamente) ¡Ay diosito! ¡No, no, no, no, no! (Suplicando) Otra vez no, Diosito mío.

(Tiene un ataque de temblores que duran unos cinco a diez segundos. Tira todos los

papeles y yerbas que tiene en las manos.) (Como antes, el policía se pasea a lo largo del escenario, golpeando el exagerado garrote en la palma de la mano. La mujer se queda inmóvil, las manos temblándole, mientras el policía termina de salir de escena.)

(Entra de nuevo Raúl. Trae un bulto envuelto en papel periódico. En el papel vienen envueltos desperdicios de comida: lechugas, zanahorias, papas, arroz, etc.)

RAÚL (Acercándose a Marta que está postrada en el suelo con la cara pegada al piso. Con urgencia) – Marta... Martita... ¿Qué le pasa, dígame?... (La mujer sigue gruñendo. Raúl la sacude.)

(Raúl corre hacia Vicente) (Vicente ronca, se retuerce, gruñe.)

¡Vicente, Vicente! (Lo sacude) ¡Putá hombre, no joda! ¡No se me vaya a quedar!... ¡Despierte!... Mire, aquí están las cositas pa'l cardán. ¿Qué les pasa a los dos, por la puta?

MARTA (Reaccionando. Vacilante) – Raúl... Raúl... Pst... pst... Déjelo dormir. Ahí déjelo... Déjelo vivir, como a él le gusta decir.

RAÚL (Dejando a Vicente) - ¿Y a usted qué le pasaba?

MARTA – Tenía un calambre aquí en la boca del estómago. Pero ya se me pasó... Es que tengo una goma, ¡que huy!

(Entra en escena Julio. Viene campante,

silbando, tarareando una canción, preferentemente una tonadilla tropical: mambo, cumbia, etc.)

JULIO - ¡Epa! ¿Qué pasiones, mis discípulos? ¡Aquí viene el almuerco! (Dirigiéndose a Marta) Ese animal se lo saco en dos patadas con un traguito, Martita. (Le muestra el frasco que contiene mezcla de alcohol y agua hasta un poco más de la mitad. Vuelve a guardárselo en el bolsillo de su pantalón.) Oiga, ¿y qué le pasa al primo?

MARTA - Ah, es usted... (Pensando en el trago) Yo pensaba que ya no volvía...

JULIO - No'mbre. No puedo dejar a mi gente así porque sí. ¿Qué... ya empezaron a cocinar el cardán de hoy? Traigo una hambre...

(Dirigiéndose a Raúl con sorna)
¿Cómo amaneció hoy, licenciado? (Se aproxima a Raúl con actitud burlona y desafiante) ¿O todavía está enojado? (Pausa)... No tiene porqué enojarse, hombre. Aquí todos mandamos. Somos todos unos dioses... Además, ya sabe que tenemos listo el trabajito de la "farmacia". Va'star bueno, licenciado... Hoy estuve hablando con aquellos bolos de Candelaria y me dijeron que'l farmacéutico está forrado... Tiene buen trago en los estantes y mucha plata debajo del colchón del catre en la cantina. Lo hacemos después del almuerzo hoy, cuando el farmacéutico esté tirándose la siesta. ¿Qué le parece?... Mire, aquí traigo el fierro. (Saca a relucir un grotesco cuchillo afilado. Blandiéndolo) Hoy sí que nos componemos, ¿no cree?... Hoy almorzaremos con puro néctar de los dioses... Trago fino... Yo quiero un wiskito... ¿y usted?

RAÚL (Bruscamente, con aplomo. Actitud conflictiva) - ¿Ya hizo la mezcla, mano?... Mire que aquí estamos todos jodidos esperándolo... Especialmente ella... También tenemos que hablar sobre lo de anoche, amigo.

JULIO (Le hace un par de pases con el cuchillo a Raúl, antes de guardarlo) - Calmado, licenciado. Si ya sé que estamos jodi-

dos todos. Pero va'tener que esperarse un ratón. Mejor dígame qué hay de mascar...

MARTA - A ver, Raúl... a ver qué ha traído hoy.

(Raúl le entrega el bulto. Ella lo abre. Las manos le empiezan a temblar violentamente. Tira al suelo los desperdicios.)
¡Ay dios, ya los boté! (Se agarra las manos con desesperación)

JULIO (Con ira. Se acerca a la mujer con malas intenciones) - ¡Ay esta vieja inútil, hombre! ¡Ya tiró todas las mierdas!

RAÚL (Exaltado) - Mejor quédese tranquilo, Julio. O váyase a hacer la mezcla de esa babosada que trae ahí...

JULIO - Calmado, licenciado. Calmado. No se enoje. Si aquí la tengo...

(Saca el frasco, lo muestra, y se lo vuelve a guardar.)

RAÚL (Gritando) - ¡Y cómo putas quiere que me calme, hombre, si lo tengo ahí parado como poste! ¡¿Por qué mierdas no se va'cer la mezcla de una vez?! (Los dos se miran con desprecio)

(El policía sale nuevamente a escena. Mira fijamente a los borrachos. Estos callan y se quedan inmóviles los tres. Asustados.)

(El policía sale de escena)

(Vicente se incorpora. Les ha oído discutir.)

VICENTE - No vayan a desperdiciar el traguito, jóvenes. Entonces sí nos vamos a fregar todos. (Pausa. Dirigiéndose a Julio) A ver, primo, por qué no se va yendo a hacer la mezcla... (Julio sólo gruñe) Sí, hombre, vaya... Mire... nosotros preparamos el cardán, nos tiramos un par de almuercos, y después ya veremos. ¿Qué le parece, primazo?

JULIO - No, primo, si aquí lo tengo ya... Ya

está hecha la mezcla. Lo que pasa que aquí el licenciado está enojado conmigo.

RAÚL - Sí, hombre. Y con derecho. Usted me las debe desde hace días.

JULIO - No me joda... yo no le debo nada ni a usted ni a nadie, licenciado. Ni siquiera a Dios que me recuerda de ese policía... Yo más bien creo que usted tiene miedito con lo del trabajito de la cantina...

(La mujer vuelve a tener otro ataque de temblores. Los dos hombres se acercan a ella.)

MARTA (Gimiendo) - ¡Ay Julio, deme un trago que me siento mal!

JULIO - Por usted cualquier cosa, Martita. (La toma por la barbilla. Saca el frasco con la mezcla) Por dios, cómo me gusta usted, Martita. Va'ver qué bien la pasaremos usted y yo después de sacarle el trago al farmacéutico. Hoy sí la voy a pasear por el barrio.

MARTA (Con coquetería asolapada) - Ay Julio, deme un trago ahorita. Ahí después platicamos. (Vuelve a tener un espasmo)

JULIO - OK pues... Si se lo voy a dar, mujer...

RAÚL - Pero déselo ya, hombre.

JULIO - Mire, licenciado, usted no tiene que decirme lo que tengo que hacer. Esto es entre ella y yo. Usted no se meta... Yo creo que usted está celoso, mano. A usted también le gusta la Martita, ¿no es cierto?... ¿Por qué no dejamos que ella escoja al mejor? El que le gusta, pues... Así nos dejamos de babosadas.

RAÚL - ¡Mire, cabrón, déjese de mierdas y sáquese la mezcla, ¿quiere?! (En ese momento sale el policía a escena. Julio guarda el cuchillo rápidamente. Todos se callan, quedan inmóviles por un tiempo.)

- PAUSA -

Vicente (Con voz débil pero conciliadora) - No vayan a desperdiciar ese trago... Se los digo... (Pausa) A ver, primazo... sáquese la

mezcla pues.

(Julio pasa el frasco con la mezcla de agua y alcohol a Vicente. Cada uno bebe un trago.)

(Marta se lo empina y lo derrama todo.)

JULIO (Con ira. Trata de quitarle el frasco de las manos temblorosas) - ¡Putá, esta vieja de mierda ya se paseó en la babosada!

MARTA (Suplicante. Aferrándose al frasco) - ¡Ay perdóneme, Julio!... ¡Perdóneme por favor!

JULIO - ¡¿Qué?... ¡quite esas cochinas manos de ahí!! ¡Démelo! ¡Démelo!

(Marta se aferra al frasco.)

RAÚL (Acercándose a Julio) - ¡Déjela, cabrón! ¡Que la deje le digo, hijue'puta!

(Julio se echa hacia atrás bruscamente y saca el cuchillo del pantalón.)

JULIO (Amenazante, blandiendo el cuchillo en el aire) - ¡Usted coma mierda, pendejo! No se meta... usted no me conoce todavía.

RAÚL - ¡Le he dicho que la deje sola, cabrón!

(Los borrachos se miran con desprecio. Mientras tanto, Marta se bebe el resto del trago con desesperación.)

VICENTE (Con voz conciliadora) - No se peleen, por favor... No se peleen... ¿Ven que ya tiraron el traguito?... ¿No se los dije?... Lo desperdiciaron hablando babosadas los dos. Hoy va'ver que ir a conseguirse otro... ¿Se dan cuenta? ¿Y así peleándose, quieren ir a asustar a la cantina del 'farmacéutico'? Así no nos va a salir nada, hombre. Ya hasta se va a dar cuenta el policía, hay'van a ver.

(En ese momento sale el policía a escena. Julio guarda el cuchillo rápidamente. Todos se callan, quedan inmóviles por un tiempo.)
(Sale el policía de escena.)

JULIO (Escupiéndolo al suelo) – Mire, licenciado, no hay necesidad de pelear. Yo ya me discutí la mezcla de este traguito que era para-mientras... Ahora me voy por un trago de verdad... nos tiramos un par de traguitos cuando regrese... hablamos bien el asunto de la ‘farmacia’, y después almorzamos. Que ella haga lo que le parezca y después cada quien para su casa. ¿Qué me dice?

(Silencio largo.)

Está bien pues... No diga nada... ¿Sabe qué?... Mejor me llevo al primo par’ir a buscar otro trago. Ojalá y no regrese el policía... Ahí venimos a la hora de almuerzo. Ahí los dejo a los dos y se me portan bien, eh (Se echa a reír con malicia) Ya va’ver la sorpresa que les doy. Buen trago traigo. Puro néctar, se los juro. Para que celebremos el trabajito de hoy en la tarde. Ahí nos vemos. (Se ríe de nuevo maliciosamente, insinuante. Hace una pausa. Se dirige hacia Vicente, lo levanta y lo encamina hacia el lado derecho del escenario. Sale Vicente caminando lentamente, arrastrando los pies y tomándose las entrañas. Antes de salir Julio del escenario, murmura.) Que haga lo que quiere este pendejo. Ya veremos quién tiene más cuello con esa perra.

(Julio y Vicente salen de escena.)

RAÚL (Acercándose a Marta. La ayuda a incorporarse.) – Venga, Martita. Para arriba, levántese. ¿Cómo se siente? ¿Ya mejorcito? (La mujer sólo gruñe) Ya se le va a quitar esa goma, mujer. No se preocupe. Ya se fue ese maldito.

MARTA – No si ya me siento mejor... Mucho mejor. Con ganas de seguir viviendo otra vez. (Suspira profundamente)

RAÚL – Ah, ya verá después de que hagamos el trabajo en la farmacia... Todo nos va a salir mejor.

MARTA - ¿Qué es lo que nos va a salir me-

jor, Raúl? Dígamelo, por favor. Yo ya ni creo que nos compongamos. ¿Que no se da cuenta de que nosotros ya no existimos? Somos apenas sombras, Raulito. Hace tiempo que dejamos de ser gentes.

RAÚL – Si sigue hablando así le va a caer mal. No debería de hablar esa manera. (Pausa) Pero y usted, Marta, ¿qué no se da cuenta de que somos diferentes a esos dos?

MARTA - ¿Diferentes en qué, Raúl?... ¿En qué, por Dios?

RAÚL – Pues, en todo... Somos más jóvenes. Todavía podemos pensar. Podemos empezar de nuevo. Hacerlo de otra manera, que sé yo.

MARTA – ¿Empezar de nuevo, a qué, Raúl? ¿Pensar en qué? ¿Que no se ha fijado de que yo me voy con cualquiera por un trago? ¿Que nadie puede ya quererme? ¿Es eso con lo que quiere usted empezar de nuevo?

RAÚL – Eso es cosa del pasado, Marta.

MARTA – No, Raúl, “nosotros” somos cosas del pasado. Ahora solamente vivimos de recuerdos. De pura nostalgia. La realidad es esta, éste nuestro futuro. No tenemos ni derecho a soñar ya. Los sueños son para los humanos solamente. Y nosotros de eso ya no sabemos nada... Humanos... ¿Lo somos?

Raúl - ¿Pero que está diciendo, Marta?

MARTA – Ya lo oyó.

RAÚL (acercándose a ella) – Lo único que oigo son ruidos...

MARTA – Pues eso es lo que son, Raúl... ¡Ruidos! ¡Pura bulla! Y ni siquiera son ruidos humanos. Es el grito de Dios reclamando la carne. Esta carne que se pudre día a día en este hoyo maldito.

RAÚL – Dígame, Marta... ¿dónde ha apren-

dido usted a hablar así? Se da cuenta de que le digo la verdad al decir que somos distintos.

MARTA (Echándose a reír) – Esa Marta que habla está muerta... La que vive ahora es la verdadera Marta.

RAÚL – Yo sé que usted piensa que no soy muy inteligente, Marta. Quizá no sepa bien de lo que usted me está hablando. Pero sabré decirle una cosa: Yo sí quiero vivir. Quiero volver a empezar, Marta... Volver a contemplar el cielo los domingos; a contemplar las noches de luna los viernes y levantarme ya tarde los sábados... ¡qué sé yo que más tonterías quisiera!... Tener una mujer también... Pero no una “buena mujer” solamente. Esa ya la tuve, ¡y mire usted dónde estoy!... Una mujer de verdad... Inteligente, tal vez... Imagínese que ni siquiera sé de lo que le hablo cuando le digo que quiero una mujer inteligente. Pero es así como yo siento. Y estoy seguro que sentir todo eso es vivir, Marta. ¡Y en eso sí que no estoy equivocado!... Usted me va a hablar de que somos sombras y que no existimos. Pero yo le diré que se equivoca usted. ¡Yo estoy vivo! ¡Y bien vivo, por Dios! ¿Sabe en lo que pensaba ayer que hablábamos de hacer el trabajito al ‘farmacéutico’?... ¡Pensaba en Dios, Marta! ¡¿Va usted a creer?! ¿Qué tiene que ver Dios con un robo maldito? ¡Nosotros somos quienes lo metemos a Él en esos asuntos!... Pero pensaba en Él... Y me di cuenta entonces de que nada tenía que ver con lo que bailaba en mi cabeza. Ni siquiera podría decir que estaba borracho... Pero oía una voz allá dentro, en esa oscura inmensidad que se siente al cerrar los ojos (La mujer se ríe) No se ría, Marta... usted sabe de lo que hablo. Yo sé que usted lo sabe. Ha oído esa voz, también... En fin, eso no importa ahora. Lo que quiero decirle es que lo vi todo como un sueño... ¡ZAS!, le damos el golpe al ‘farmacéutico’. Sin violencia. Sólo lo asustamos. A mí el trago que pensamos robar no me interesa; me interesa sólo para quitarme el malestar de mañana. Lo que me dijo la voz de mis

adentros es que me preocupe por el dinero que tiene el farmacéutico debajo del colchón. Ahí está mi asunto. Es como una obra de arte. (Raúl se echa a reír).. Perfecta... (Ríe) Mire: con esa plata nos toca empezar a usted y a mí. Olvídense de Julio y Vicente. Después del susto nos largamos de aquí... ¿para dónde?... A cualquier lado, Marta... a donde usted le guste mejor... Quién sabe... Estados Unidos tal vez... Dicen que ahí no hay tantos borrachos, y si los hay me han dicho que los cuidan y viven muy bien... No pasan penurias como las nuestras. Pero eso es lo de menos, porque lo primerito que vamos a hacer es componernos... Comprar un buen negocio tal vez... Una librería... un camioncito... Una tienda... ¡Una licorería, porque no!

MARTA – Ah, Raúl... usted y sus sueños...

RAÚL (La abraza) – ¡Y por qué no! ¡Qué es lo que nos impide soñar!... Pero lo primero que tenemos que hacer después de componernos es comprar un negocio... quizá ahí por la playa... cerquita... Más tarde podemos celebrarlo con un licor dulce y nada más... licor dulce... Sí, eso es... Hoy por la noche...

MARTA (Con temor) – Pero ¿y Julio? ¿Y Vicente? ¿Y si no quieren compartir nada con nosotros? ¿Y el viejo Vicente?

RAÚL – No se preocupe. De Julio me encargo yo. Ese diablo lo pongo a raya. Usted no le haga caso. Sólo es bravuconadas, pero por dentro también tiene miedo. Nosotros somos más importantes. (La mira con ternura. Por primera vez la tutea) ¿Sabes una cosa? Tengo un presentimiento bueno. Como que algo extraordinario está a punto de ocurrir. Hoy día precisamente. Y tiene que ver contigo, Marta... No me cabe duda... tiene que ver contigo.

MARTA – ¿De qué crees que se trata?

RAÚL – Algo grande está a punto de pasarnos a ti y a mí... Yo sé de qué se trata lo mío.



Carlos Cañas,
"Niños sin futuro
económico", 1960.
Óleo sobre lienzo.
60 x 91cm.
Colección Museo
Forma

MARTA – Dímelo, por favor... Dímelo Raúl.

RAÚL – Marta... Te quiero para siempre...
(La besa tiernamente)

- Luces fuera –

- TELÓN –

ACTO II

La escenografía es la misma, con la adición de una hornilla montada entre dos ladrillos y colocada junto a la entrada de la caseta. Sobre la hornilla, un cubo de hojalata de mediano tamaño (sopa de desperdicios). Raúl y Marta están sentados alrededor del cubo de hojalata. El ruido urbano siempre de trasfondo, para enfatizar un mediodía en la ciudad.

(Raúl se levanta, mira hacia el cielo, suspira profundamente, con aprensión. Se frota

las muñecas, como si tuviese un reloj de pulsera; mira a la mujer, vuelve a suspirar, se pasea alrededor del cubo donde hierven los desperdicios. Finalmente vuelve a sentarse junto a la mujer que mira al vacío y que tararea la canción –el bolero del principio).

RAÚL – ¿Dónde estarán estos dos? Ya tardan demasiado. Son más de las doce... quizá la una.

(La mujer no contesta, sigue tarareando la canción. Raúl vuelve a levantarse y se pasea de un lado a otro del escenario. Finalmente la mujer cambia de expresión y le mira).

MARTA – Cálmese, Raúl. Ya aparecerán. El viejo Vicente está muy enfermo y débil. A lo mejor hasta arrastrado lo trae ese grosero de Julio, ya lo conoces...

RAÚL – Ah cómo me gustaría fumarme un cigarro ahorita. Me siento nervioso... O echarme un buen trago. Eso sería lo mejor.

Tengo los nervios de punta.

MARTA – Ya deja de pensar en el trabajito. Me estás poniendo nerviosa a mí también.

RAÚL – Tienes razón. Es mejor que deje de pensar. Pero es que no puedo. Me da vueltas en la cabeza. Tengo la cara del ‘farmacéutico’ clavada aquí entre ceja y ceja. Le veo la cara y parece que me está diciendo algo.

MARTA – Por favor, deja de hablar así. Me vas a hacer temblar.

RAÚL – Sí, sí, perdóname... Ay hombre, como me caería de bien un buen trago ahorita... Siento como que algo se me mueve en el estómago.

MARTA – ¿Por qué no mejor me vuelves a decir lo que haremos cuando nos compongamos? Me gusta más oírte decir eso... ¿Sabes lo que a mí me gustaría hacer?

RAÚL – ¿El qué?

MARTA – Adivina...

RAÚL – ¡Marta, no estoy para adivinanzas ahorita!.. (Inmediatamente se avergüenza por la brusquedad) Perdóname, Marta, perdóname por el amor de Dios. Pero es que estoy bien nervioso... A ver, dime, ¿qué es lo primero que harás cuando nos vayamos de aquí?

MARTA – Quiero que me lleves a bailar, Raúl... Quiero comprarme un vestido de encaje azul y hacerme un peinado de princesa. Y después quiero que me lleves a bailar a un salón del centro, de esos elegantones. Y quiero que vayas vestido de traje, y que me dediques una canción para que la bailemos tú y yo solitos.

RAÚL – ¿Y después?...

Marta – Después... después... ¡Después quiero morirme de amor, Raúl! (Se echa hacia delante y cae de bruces sobre la tarima).

(Raúl se acerca a ella, aprensivo. La ayuda a incorporarse. Las manos de la mujer empiezan a temblarle. Ella las esconde. Em-

pieza a respirar con dificultad, jadeando, sin aliento).

RAÚL – ¡Marta! ¡Marta!... ¡¿Estás bien?!)

MARTA (Recuperando el aliento) – Sí, sí... Ya mejor... Es mi corazón que no quiere creer en tantos sueños.

RAÚL – No, Marta, no digas eso... Sigue soñando. Eso es bonito. Es lo único que tenemos por hoy. Pero ya verás más tarde.

MARTA – Más tarde... más tarde... Tal vez... tal vez... ¡Ay Raúl, yo ya no quiero creer nada!

RAÚL – No hables así, por Dios. Sígueme hablando del salón de baile, de tu vestido azul, y de bailar solos los dos. (Con ternura) Háblame de eso mejor, Martita... hablemos de eso mejor... A ver, dime... ¿qué canción te gusta? ¿Te gusta cantar? Es bonito cantar. ¿Te gustaría cantar para mí?

- PAUSA –

MARTA (Patéticamente) – ¡No, Raúl... no me gusta cantar! ¡Ni siquiera quiero ir a bailar! ¡Sólo quiero que me saques de aquí!... ¡No quiero ver más a Julio, Raúl! ¡Le tengo miedo! ¡Le tengo miedo y lo odio a ese diablo! ¡Y al pobre viejo ese de Vicente! ¡¿Lo has oído últimamente?! ¡Sólo habla de morirse! ¡Sólo es recuerdos de partidos de fútbol y goles! ¡Pero lo que quiere es morirse, Raúl! ¡Yo no! ¡Yo lo que quiero es creerte... largarme de aquí! ¡Hacer todo eso que dices!... Empezar otra vez. En otro lugar. Dejar de beber. ¡Quiero ser madre, Raúl! ¿Por qué no? ¡Yo todavía puedo! Es el deseo de la sangre, ¡te lo juro!... pero me voy, me voy, me voy... siento que me voy... ¡Y no sé para dónde! Siento un gran amor aquí en mis entrañas. Un amor que me desgarró la vida. Un amor que me dice que el sol es mío, que me dice que la luz es para vivir y la noche para hacer más vida. Y no entiendo esas cosas, Raúl... ¿Sabes una cosa? Yo ya no creía en nada. También vivía de recuerdos como el viejo Vicente... Yo siempre pensando en mi marido. (Riéndose

patéticamente) ¡¡Mi marido!! ¡¡Mi marido ha estado muerto desde hace años, Raúl!! Pero lo llevo clavado aquí en el pecho como un gusano negro y peludo que me devora el alma... (Tristemente) Mi marido... mi marido se comió mi vida, Raúl... Dejé este árbol sin hojas, ni frutos... Un tronco carcomido tirado en un charco... Me quitó todo... Me quitó los sueños, la alegría, la sonrisa de mis hijos, los hijos que no pudimos tener. (En un tono misterioso) Se fue con ese tesoro y se metió en el hueco oscuro de la noche... (Explosivamente) ¡¡Y mira dónde estoy ahora, Dios mío!! ¡Aterrorizada por un monstruo! ¡¡Ay, ay, cómo lo odio!! ¡Quisiera verlo morir como un perro rabioso, Raúl! ¡Sí, como un perro rabioso! (La mujer cae de bruces y empieza a temblar en un paroxismo de cólera)

RAÚL (Tiernamente) – Ya, ya, ya, Martita... Ya pasó... Déjalo pasar. Se ha ido. Ya está. Se fue... Estamos aquí, solitos, con ganas de volver a empezar. Eso es lo que importa.

MARTA (Sin aliento) – Raúl... me voy... me voy... me voy... No me dejes ir... No, no, no...

RAÚL – Ya, ya... ya ha pasado, Marta. (La abraza y la besa con ternura)

MARTA – Déjame, Raúl... Déjame... (Raúl accede)

(En ese momento entran en escena Julio y Vicente. Vienen apresurados, jadeantes, asustados. Miran hacia atrás con miedo. Julio trae una bolsa de estraza en los brazos. Vicente camina lento, como cansado, pero indiferente).

JULIO – Apúrese, primo; no joda. ¡Ahí viene el policía!... ¡Apúrese, por la puta!

(Vicente apenas se mueve. Como de rutina se acerca al cubo de hojalata, inclinándose, aspira profundamente. Parece reanimado).

(Julio sigue moviéndose con agitación, nervioso).

VICENTE – Huele bien este ‘cardán’.

RAÚL – Pensé que ya no regresaban.

VICENTE – Es que este mi primo se tardó

demasiado, hombre. Me dijo que sólo iba a darse una vuelta por “la farmacia” para estar seguro que todo andaba bien.

JULIO – Cállese, hombre, Vicente. No ve que va a poner nervioso al licenciado.

VICENTE – Yo creo que Raulito ya está bien preparado para el trabajito. El nervioso es

usted, primo.

JULIO (Con respeto forzado) – Cállese, Vicente. No hable más mierdas, hombre. Mejor muéstrelle lo que trajimos. (Extrae de la bolsa una botella sellada de un conocido vodka barato, lo pone en el suelo, saca otras botellas y cajetillas de cigarrillos) ¿Qué le parece, licenciado? ¿No le dije?



Carlos Cañas, “Cinco de la tarde”, 1952. Óleo sobre lienzo. 65 x 54 cm. Colección privada

Puro néctar de los dioses, je, je, je...

Raúl – ¿De dónde sacó todo esto, Julio?

Julio – Eso a usted no le importa, amigo. Mejor dígame si ya está el almuerzo, porque ¡hoy a comer se ha dicho! (Se ríe nervioso).

RAÚL – ¿De dónde ha sacado usted todo esto, Julio?... A ver, dígame.

Julio – ¡A la puta, hombre! ¡Que no se preocupe le he dicho! Vamos a echarnos el almuerzo, ¿no es cierto? Vamos, apúrese, démosle ya al diente. (Se acerca a Marta) A ver, Martita, ¿cómo se siente ya? ¿Qué le parece la comida que nos vamos a tirar? (La mujer se echa hacia atrás, con miedo). ¿Y a usted qué le pasa? ¿Qué le ha dicho el licenciado que de repente me tiene miedo?

Raúl – Déjela, Julio...

JULIO – Ya le dije que usted no se meta conmigo.

VICENTE – Que no les vaya a pasar lo de hoy temprano. Ya vieron que malgastaron el traguito de la goma. Mejor vayámonos tirando el almuerzo... Vaya pues...

(Vicente se dirige hacia el interior de la caseta. Los dos borrachos se quedan callados, mirándose. Vicente regresa al poco tiempo cargando unos pequeños cubos de hojalata en las manos. Les entrega uno a cada uno. Se acercan al cubo más grande y empiezan a servirse del contenido. Entretanto, Julio abre la botella de guaro barato. A la vista de la botella, la mujer se reanima. Empiezan a pasarse la botella de mano en mano. Al principio, Raúl se niega a aceptar la botella. Pero al final se les une a beber. Se sientan alrededor del cubo de hojalata. Aquí se sientan todos, de manera tal que las posiciones sean exactas para implementar la escena que sigue: Raúl se sienta a la orilla del escenario, cerca del proscenio; Vicente se recuesta al lado de la pared de la caseta. Marta en el medio, junto al cubo grande; y Julio se sienta cerca de la mujer, pero enfrente).

(Los borrachos siguen pasándose la bo-

tella; a cada trago mascullan expresiones incoherentes y hacen muecas de disgusto por el guaro barato. Se van emborrachando rápidamente. Siguen comiendo).

JULIO – ¿Qué? ¿No se los dije? ¡Puro néctar de los dioses! ¿Qué le parece, Martita? ¿Ya se siente mejor con este néctar?

Marta (Con más confianza) – Ay, qué ocurre que es usted, don Julio.

JULIO – Le dije que por usted yo hago cualquier cosa, cosita. (Pretende como si alguien pasara junto a ellos) ¡Huy guárdelo, si no va a pensar la gente que somos unos borrachitos perdidos!

(Raúl les mira a los dos con ojos extraviados. Pero no dice nada. Vicente, con el rostro cansado, mira su cubo de hojalata. Marta y Julio siguen bromeando más alegremente; tocándose, pasándose la botella más a menudo, riendo, etc.)

JULIO (Dirigiéndose ahora a Raúl) – ¿Qué? ¿Ya listo para irnos a hacer el trabajito, licenciado?

RAÚL (Sin aliento) – Se... gu... ro...

JULIO (Riéndose burlescamente) – Va' star fácil la cosa. El 'farmacéutico' estará bien dormidito hoy por la tarde. Va'ser solo de entrar a traer las golosinas. ¿Qué le parece?

RAÚL – Se... gu... ro...

JULIO – Yo no creo que necesitamos a estos dos. Más tarde nos vamos usted y yo a la farmacia; nos aseguramos que no ande nadie por ahí cerca, y después nos metemos de un solo a la 'farmacia'. Ahí el farmacéutico tiene de todo, mano. Sólo está de que le demos un susto y luego nos largamos de allí. Con las golosinas, claro. Mire, dele una mirada a este fierro. (Blandiéndolo amenazante, le hace un par de pases a Raúl) Nítido, ¿eh? ¿Qué tal le caería un puyón, licenciado? No le vendría mal, sabe. Cualquiera día de estos le zampo uno, ¿me oye? Y le juro que va ser uno solo, para que se

acuerde toda la vida de quién soy yo, mano. RAÚL – Es... tá... fá... cil... la cosa...

JULIO – Bueno, pues, echémonos un traguito para celebrarlo. (Le pasa la botella. Raúl se la empina y está a punto de vomitar. Julio se ríe al verlo boquear).

(Julio, dirigiéndose a Vicente).

A ver, primo Vicente, échese uno bueno para celebrar aquí con el licenciado. (Se levanta para pasarle una nueva botella. Pero Vicente ni siquiera se mueve) Venga, hombre... recuérdese de cuando metía esos goles de esos que usted sabía hacer tan bien. (Se levanta y pretende como si tuviese un balón entre los pies; se mueve por el escenario con el balón imaginario)

(El policía sale a escena en ese momento, mirándolos a los cuatro fijamente y golpeando el exagerado garrote entre las manos. Julio agarra las botellas rápidamente y las trata de esconder. Se quedan inmóviles los cuatro. Ahora el policía se mete entre ellos y mueve cosas con el garrote; amenazante, señala con él a Julio, a Vicente y a la mujer. Nadie se mueve. Finalmente el policía sale de escena)

JULIO – Ya se fue ese hijue'puta... ¡Putá, qué susto!

(Silencio. Los demás se encuentran en un sopor)

(Tambaleándose)

Nada que ver. A mí no me agarran otra vez. Ni por las putas. Otra vez no me vuelve a pasar. Como decía aquel filósofo chino... Una vez, un sabio... dos veces un pendejo. Y con lo bueno que está este traguito. Y miren a esta gente... Deberían estar enterrados... cualquiera diría. ¡Pensar que están soñando! ¡Pobres! Quieren seguir viviendo, dicen. Aquél con sus recuerdos de goles y cervezas con boquitas de camarón frente a la playa. Pero lo único que quiere es morir-se porque ya no aguanta el ácido. A este otro pendejo le ha dado por enamorarse de esta

vieja que ya más parece un trapo. ¿Pero, y yo? ¡Y yo qué!... ¡¿Y a mí qué me trajo el Niño Dios?! ¡Nada, hombre, nada! Ni sueños ni amores. Puro licor y andar de aquí para allá taloneando el traguito de todos los días. Como diría el "Cura" de catedral... "Padre nuestro que estás en el cielo. Santificado sea tu nombre. Dá'nos el trago nuestro de cada día y perdóname que te ofenda con esta cara. Venga a nos tu guaro, ahora y en la hora de nuestra goma... Amén". ¡Qué bolo más ocurrente ese "Cura"! ¡Y cómo se robaba las limosnas en catedral el hijue'lule! Con razón el apodito... ¿Se habrá muerto también? Quién sabe. Ni creo que a nadie le importe tampoco. ¡A nadie! Pero lo que soy yo, no me muero, carajo... Yo le sigo dando al ácido de la vida aquí en esta tierra. ¡Con lo que cuesta aprender a beber! Y mírenlos a todos... Unos pobres mamarrachos... Parecen unos muñecos de trapo. Eso es lo que son. Trapos. Trapos humanos con sueños de dioses... La única diferencia conmigo es que yo ya sé de qué se trata este asunto de vivir. Lo siento aquí mismo. (Se toca los genitales. Piensa por un momento). Mejor ya no sigo hablando de eso porque se me va a parar. Y después a darle a esta vieja que para eso sí que tiene vida por dentro. Hombre, y de veras que la tiene. Como si cargara un fogón de vida por dentro. Aunque por fuera parece apagado. ¡Pero vive la vieja!... ¡Vive, por Dios! (Se echa a reír)... La sorpresa que se va a llevar este catrín de Raúl. (Vuelve a reír) ¡Putá, qué sorpresa!... Y a mí que ya me dieron ganas de encenderme... (Lentamente, se agacha, pone los cigarrillos y la botella en el suelo, empieza a quitarse la camisa).

(El escenario oscurece. Se oye un espantoso grito de dolor en la oscuridad, mezcla de mujer y de hombre).

(Vuelve a iluminarse el escenario. Ya es casi de noche. Enfatizar la idea de irrealidad. Raúl despierta y comienza a incorporarse con gran dificultad. Se estira, se restriega los ojos, se toma la cabeza con desesperación, mira a Vicente, quien está despatarrado junto a la caseta; boquea un poco como si estuviese a punto de vomi-

tar. Se escuchan ruidos de golpes contra una pared y de alguien jadeando detrás de Raúl. Exactamente atrás de Raúl hacia un lado están Julio y Marta; una intensa luz les ilumina ahora. Julio tiene los pantalones bajados a media pierna, es visible su trasero; está medio incorporado sobre el cuerpo de Marta y mueve el suyo con movimientos torpes y violentos. Viola salvajemente a la mujer y la golpea mientras la maldice con unas frases incoherentes y aguardentosas. En ese momento, una luz intermitente inunda el escenario. (Efecto cámara-lenta). Raúl termina de levantarse, recoge una piedra o ladrillo de medio tamaño. Lo golpea varias veces y lo mata. Raúl se desploma junto al cuerpo exánime de Julio)

- ESCENARIO OSCURECE -

(Cuando vuelven las luces, Raúl se encuentra arrodillado junto a Marta. El cuerpo ensangrentado de Julio yace a un lado).

RAÚL (Intenta levantar a Marta) – ¡Marta!... ¡Marta... levántate por favor! ¡Ya pasó, mujer!... ¡Levántate... es hora de irnos! (Silencio, la toma de los brazos, la sacude. Se pone un brazo de ella sobre los hombros, patéticamente. Pausa. Luego, llorando) ¡Marta... Marta...! (Dirigiéndose a Vicente) ¡Vicente, usted también... levántese!... ¡Levántense todos, por el amor de Dios! (Sigue sacudiendo a Marta) ¡Vámonos ya... debemos irnos ya... a ser felices... a intentar ser felices (Se desploma sobre el cuerpo de ella, llorando) Le...ván...ta...te... Mar... ta... O es... que... ya...somos... todos... FE...LI... CES... (Mirando al cielo) ¡¡Sólo queremos ser felices!!

(Las luces se reducen, pero no se apagan del todo. La pareja de novios del principio sale bailando al compás del bolero ("Vereda tropical" ó "La gloria eres tú")

(Bailan un instante y levantan a Marta. Bailando alrededor de ella, se la llevan. Salen de escena).

- TELÓN -

Cuentos

Delosproblemasde enamorarse de músicos con nombres rusos

ANA ESCOTO

Cuando un hombre te escoge como su musa musical es casi imposible no viajar al mundo de sonidos abstractos. Todo comenzó por mi cuerpo aguitarrado de caderas y caminar tropical. Así fue que el músico aquel comenzó a tocarme como si fuera una fender. Más hermosa que la fender de Yngwie Malmsteen, me había escrito en la servilleta del bar donde nos conocimos. Yo entonces no sabía quién era ese sueco y menos Alcatraz (una banda ochentosa que nunca escuché). Pero a mí me había gustado la palabra fender. Y así comencé a ver al músico más seguido. A pesar de mis caderas musicales, mi cuerpo es bastante desafinado y torpe. O así lo creía. Pero para Vladimir, nombre artístico venido de descendencia comunista rusa, mi cuerpo lo hacía llegar categoría de luthier con especialización anatómica. Yo no entendía mucho, porque además mis orgasmos no son tan sonoros y, cuando lo son, no tienen ritmo ni mucho menos suenan a alguna voz prodigiosa. Más bien son sonidos quebradizos y poco agradables. A él le parecían rupestres, cercanos al pueblo.

Entonces él creaba y me quería hacer ver cómo esas composiciones (sobre mí) eran grandes obras, a mí cuyo examen vocacional indicó que podía hacer cualquier cosa menos lograr tener un oído musical. Porque para mí los sonidos parecen olores y de vez en cuando los confundo con colores.

Yo no entendía mucho, de nuevo, y no había mucho que entender más allá que asentir y dejar que hiciera su trabajo que para mí era más artesanal que artístico. Pero a veces llegaba a media noche a mi cama con una gran idea, sin final. Y yo quedaba a la mitad de una sinfonía que para mí era algo tan simple como la sexualidad misma.

En cambio, él construía como buen comunista una revolución. Una revolución musical, donde el mismo ser humano es la nota y no hay notas superiores a otras. Todas son bellas, pero en conjunto lo son más. Se emocionaba tanto y sus ojos se llenaban de un brillo tan inocente, que yo deseché la idea de que su revolución anatómica musical se refería a una orgía.

En el afán de componer su Gran Obra, se distanciaba cada minuto para hacer anotaciones. Me buscaba torpemente en la cabeza la manera para afinar mis sonidos. Yo empezaba a sentirme un poco incómoda y un tanto innecesaria. Así que un buen día tomé las tijeras y corté las cuerdas que nacen de mis senos a mi pubis. Cansada de ser una guitarra, me levanté de la cama. Me sobé la cabeza. Vladimir lloró. Decía que sólo hacía falta un movimiento para el gran final.

Wenceslao

ANA ESCOTO

Wenceslao es mi hijo no nacido. O lo era. Con el avance de la defensa de la vida, uno puede nombrar a sus hijos no nacidos y asentarlos en el registro civil. Un Wen-



ceslao Escoto está esperando nomás el soplo de la vida. Para hacerlo más tangible, hice una figurita de barro. Por aquello que quiero que esté contacto con sus raíces. Pero también quiero que tenga un poco de agencia. Porque creo un poquito en las teorías de alcance medio de la sociología. Entonces, espero y espero que llegue su soplo de vida y con él, que cumpla mis sueños de mujer: ser madre. Ayer nos reunimos las Madres Ideales (MI). Es un grupo de mujeres que amamos a nuestros hijos no nacidos y exigimos que se les reconozca como tales, con ganancias en el registro civil, aún nos falta que nos los acepten en las matrículas escolares. Pero la discusión se centró en que casi ningún hijo ideal tiene padre y eso nos preocupa. Verán, los padres son importantes, sobre todo en mi caso. Es niño. Y como niño, Wenceslao debe tener un modelo afectivo de varón. Alguien que le enseñe a ser un hombre, y eso solo lo puede hacer otro hombre. Discutiendo esto, le expliqué a mis co-tertulianas que pen-

sáramos cómo hacer para que los padres de los hijos no nacidos se hicieran cargo. Porque los preparativos para las vidas que aún no existen son agotadores y necesitamos ese apoyo emocional.

“Necesitamos un decreto”, dijo Josefina, madre de la no nacida Teresa. “Necesitamos un reforma agraria, además”, explicó. Yo no entendí mucho. Pero ella dijo, que así como yo tenía mi muñequito de barro, cada quien debía tener su parcelita para tener sus muñequitos y su maíz. Por aquello de esperar los milagros. Yo asentí. Mientras tanto, Aurelia, próxima madre de Joselito, explicaba que lo que necesitábamos era tener miembros hombres en el grupo.

Aurelia increpaba en este tema, pero todas reíamos. Porque los hombres no tienen mucho que ver en la producción de la vida. Quizás un momento efímero, pero hasta ahí. En eso vimos que Wenceslao empezó a moverse. Nos dijo que él también soñaba con tener hijos. Hijos no hechos de barro. Que ser de barro le mo-

Carlos Cañas,
“Músicos nocturnos”,
1953.
Óleo sobre lienzo
87x113cm
Colección del artista

le estaba un poco. Pero que seguro vivir en cuerpo humano no estaba mucho mejor. Así que le parecía una opción viable. Que de dónde venía había un comité especial de padres futuros. Y que no se solucionaban las cosas, que justo yo, no era la mejor madre, pero que qué se le iba a hacer.

Un poco triste, porque me gusta ser la mejor en todo, le dije que estaba bien. Que decidiera quién fuera su madre. Total, aún no ha nacido. Wenceslao me dijo que el asunto es que quería dos padres. Me sentí contenta, porque por lo menos tendría varones a quién admirar. Y sería doblemente hombre. Aurelia se llevó a Wenceslao, pues le dijo que tenía muchos amigos dispuestos a ser alguno de sus padres.

Josefina, por su parte, definió que mañana nos reunimos a discutir la reforma agraria de las ciudades que queremos tener, la otra semana. Esa locura. Seguro no vendré.

HAUNTED

DAVID ALEJANDRO CÓRDOVA

Camila sabía lo que había al otro lado del espejo. Un día, me contó que cuando visitas el otro lado, encuentras la manera de no morir nunca. “Le voy a decir a mi mamá”, la amenacé. “Si querés, te enseño cómo entrar”. “No me interesa”, le dije.

A mí sí me gustaba la idea de crecer, y ser grande, y bonita, y comprarme las cosas que yo quiera, y trabajar y tener hijos, como hacen las personas normales. Camila, en cambio, dice que no quiere crecer: le aburren las conversaciones de los adultos y sabe que un día todos tenemos que morir. A mí nunca me había llamado la atención eso de la muerte, hasta el día que la vi saludarme en el espejo. Estábamos jugando a las muñecas y fui a tomar agua. Cuando regresé, ya no estaba por ninguna



Carlos Cañas,
“Jaula”, 1953.
Óleo sobre madera.
53 x 44cm.
Colección privada.

parte, ni ella ni mis muñecas. Escuchaba su risa, pero no sabía de dónde provenía, me llamó y me dirigí al espejo. Ella me saludaba desde el otro lado y me pedía que la acompañara. Me asusté y le dije que no. Le pedí que saliera. Ella me dijo que allí nadie moría nunca, que era divertido. Camila regresó cuando comencé a llorar de miedo. Esa noche tuve pesadillas.

Mi mamá me dijo que, un día, todas las personas tenemos que morir, que esa es la ley de la vida, que no llorara; que la

gente muere cuando ya ha vivido mucho y necesita descansar, que yo soy niña aún. Me enseñó una oración para que la rezara todas las noches que tuviera miedo. Camila venía a jugar conmigo todas las tardes y siempre me invitaba a que entráramos un rato al espejo. Yo la esquivaba y le pedía que jugáramos a otras cosas, que ya hablé de la muerte con mi mamá y que ahora yo estaba pequeña y no tenía que preocuparme por eso. Me aclaró que no solo la gente mayor muere. Me dijo que del otro lado

del espejo no hay nada que me asuste, acá sí; que le tuviera miedo al mundo, no a eso. A partir de ese momento, no me gustaba la noche: prefería no verme en el espejo, y no quería pensar en crecer o morir. Aunque el miedo a la muerte no me dejaba tranquila, era Camila lo que en verdad me ponía mal. Un día que estaba sola en mi cuarto, me paré frente al espejo y lo toqué, creyendo que podía atravesarlo. No pude. Solo Camila sabía cómo hacerlo. Estaba decidida a no dejarme intimidar más por las invitaciones de Camila. Esa tarde, le dije que sí quería ir con ella. Soltó una sonrisa traviesa. Le di una condición: primero tenía que entrar ella y llamarme desde adentro. Aceptó. Nos pusimos frente al espejo del clóset. Ella tocó la superficie del espejo y comenzó a atravesarlo. Cuando ingresó por completo, le dije que ya era suficiente con sus juegos, que eso no era bueno, que debía terminar. Tomé un juguete pesado y la atacué. El espejo se quebró en muchos pedazos, que cayeron y no reflejaron nada. Me sentí tranquila. Le dije a mamá que lo del espejo fue un accidente.

Pasaron unos meses y ya no pensaba tanto en la muerte, o al menos ya no me aterraba pensarlo. Hoy en la mañana, al salir del baño, mientras me cepillaba los dientes, escuché la risa de Camila en mi espejo. Decidí salir lo más rápido posible, apagué la luz y abrí la puerta. Antes de lograr salir, sentí su mano alrededor de mi cuello. Camila me haló consigo hacia el espejo, para encerrarme por siempre con ella. Ahora vivo en un interminable tormento, porque sé que nunca voy a morir y porque veo todos los días, a través de todos los espejos, cómo la gente vive sus vidas de la forma en la que yo no pude hacerlo.

Tomado de *REPERTORIO DE HERIDAS*, premio único de cuento de los Juegos Florales de Sonsonate de 2012, publicado por la Dirección Nacional de Publicaciones de la Secretaría de Cultura en 2013



Arte rupestre

Una vulva, un falo, un agujero en el techo en la cueva de Corinto. RICARDO LINDO

La Cueva o Gruta de Corinto, o Cueva o Gruta del Espíritu Santo, es conocida por los lugareños desde siempre. Está situada al norte de El Salvador, en el departamento de Morazán, cerca del pueblito de Corinto.

El primer reporte de la existencia de esta cueva cubierta de pinturas para el mundo

científico data de 1889 y es de don Santiago I. Barberena. Esta cueva admirable, sin embargo, no tiene mucha presencia en el imaginario salvadoreño. Probablemente su difícil accesibilidad ha hecho que permanezca en la sombra. La edad de estas pinturas es incierta. Wolfgang Haberland, profesor de la Universidad de Hamburgo, les atribuyó 10.000 años de antigüedad.



Dos humanos con alas

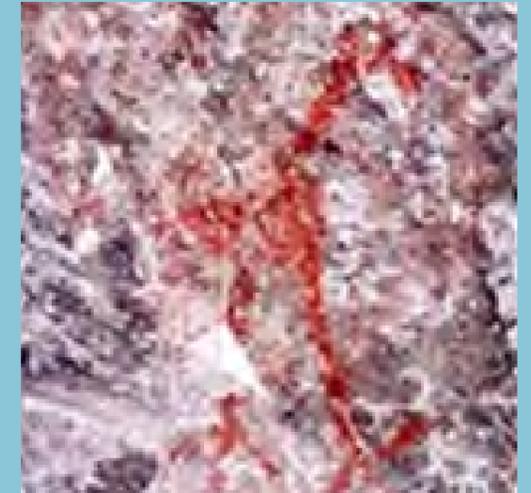


Serpientes

Foto de la cueva de José Luna. Fotografías siguientes tomadas de sitio web de Bradshaw Foundation.



Mano roja



Ave



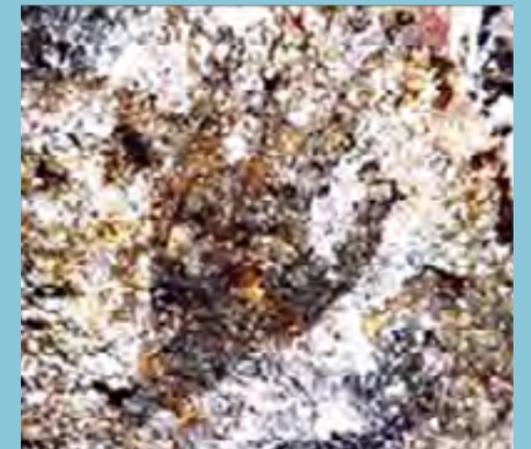
Motivo vulvar



Crustáceo

Las fotos de la Bradshaw Foundation, fundación inglesa destinada a estudiar y preservar el arte rupestre del mundo, han sido alteradas para que sean más vivos los colores hoy bastante mitigados, de imágenes bastante deterioradas.

Ahora bien, Peter Robinson, especialista de la fundación mencionada, identifica la imagen en rojo arriba como una vulva. A mí me parecía más bien una hoja, una llama o una almendra. Muchos visitantes han tenido la cueva desde hace más de cien años, especialistas o no. Yo mismo la visito con regularidad desde hace tres años como investigador de la Secretaría de Cultura de El Salvador, pero no fue sino hasta marzo de este año que advertí lo siguiente:



Mano negra



Foto del muro de vulva y falo. Líneas exteriores trazadas por el artista Héctor Hernández para destacar los elementos

Esta fotografía y las siguientes tomadas por el autor

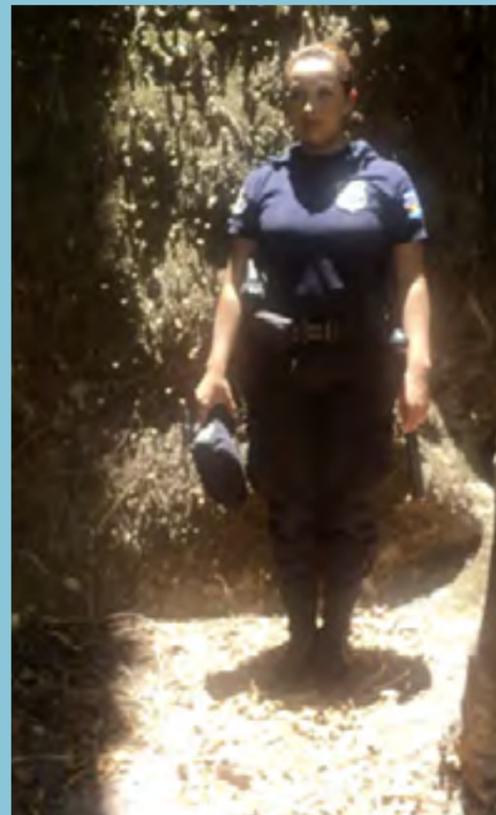
En diagonal, arriba a la derecha de la vulva, hay un falo erguido. El semicírculo sobre la vulva puede ser excavado y representar un seno. Podemos seguir fabulando pero detengámonos aquí. Qué nos dice esto: que la capilla rupestre fue en determinado momento consagrada a la fertilidad, la fertilidad humana implicando la de la tierra nutricia. Y todo en este abrigo rocoso habla de la vida, los personajes que parecen danzar, las plantas, los animales, incluido el venadito que inclina la cabeza ante el arquero, pues servirá de alimento, y asimismo el sol que estaba en lo alto y que describió Haberland a mediados del pasado siglo, y del cual apenas quedan restos de los extremos de los rayos.

Pero el sol sigue, de algún modo, presente. Si usted abre un agujero en el techo de su casa, dos veces al año se situará el sol perpendicularmente sobre él. Ahora bien, dos veces al año el sol se sitúa a mediodía al centro de la bóveda celeste, los días del llamado paso cenital. Para El Salvador, el



más reciente hasta la fecha tuvo lugar el 26 de abril de 2013. En nuestro Museo de Antropología, los miembros de la Asociación Salvadoreña de Astronomía situaron un ladrillo bajo el sol e hicieron girar una cámara en torno para demostrar que no arrojaba sombra.

Al mismo tiempo, el sol se presentaba en un agujero en un alero de la Cueva de Corinto. Veámoslo:



Maribel Zepeda, policia de turismo, situada bajo el agujero que arroja su sombra bajo sus pies.



Se podrá argumentar que en el pasado remoto era distinto el cielo. Pero esto que es válido para el cielo de las estrellas fijas no lo es para el sistema planetario. Podemos remontarnos miles y miles de años atrás sin encontrar más que una insignificante variación.

Un agujero permite distanciar más fácilmente el cielo de las estrellas fijas del cielo

planetario. Este agujero, que los arqueólogos sospechaban ser un observatorio, marca además el paso cenital. ¿Cuántos y cuántos años de observaciones fueron necesarios para determinar el punto en el cual debía abrirse? Creo que contienen también información astronómica los cercanos megalitos. Creo que en Corinto estamos ante el legado de olvidados astrónomos rupestres.

“Hongo” gigante próximo a la Cueva de Corinto. Foto del autor.

Megalito próximo a la Cueva de Corinto. El pico del “hongo” señala el punto de hundimiento del sol el día del equinoccio de primavera de 2012, como las sombras lo demuestran. El sol se hunde siempre en el mismo punto durante los equinoccios.



Libros

LA TEJEDORA DE SOMBRAS

Novela. Jorge Volpi. México. Planeta. Marzo, 2012.

ISBN: 978-607-07-1074-2.

275 pp.

Ilustraciones del interior: Harvard University Archives/ Houghton Library, Harvard University/ AESA

La tejedora de sombras es una sonata dedicada a Christiana Morgan. La novela nos sumerge en su delirante mundo, un mundo en donde conviven el psicoanálisis y el arte, las visiones y el amor. Ella junto a Henry Murray forman la díada, una díada que la llevó a la muerte 42 años después. Sin duda, es una figura clave para entender el desarrollo del psicoanálisis en los Estados Unidos.

Con esta novela, el mexicano Jorge Volpi (1968) ganó el V Premio Iberoamericano Planeta-Casa de América de Narrativa 2012. Volpi se volvió el autor más conocido del Crack al agenciarse el Premio Biblioteca Breve (en 1962, fue concedido a La ciudad y los perros, de Mario Vargas Llosa) en 1999 con *En busca de Klingsor*. En 2009, logra el premio Debate-Casa de América con *El insomnio de Bolívar*, y también en ese año se le concede el Premio José Donoso de Chile por el conjunto de su obra. El Crack nace en México, y es un grupo que destaca por una narrativa de alto nivel y más allá de lo local, la reflexión y con talento de ensayistas.

Volpi¹ nos cuenta que en el invierno de 2005, durante su temporada como profesor visitante en la Universidad de Cornell, al encontrarse investigando para su novela *No será la Tierra* oyó por primera vez el nombre de Christiana Morgan. Su vida continuó martillando su cabeza hasta convertirse en ella misma. En el 2007, logra dar

¹ Jorge Volpi, «Yo soy Christiana Morgan,» Sitio oficial de *La tejedora de sombras*. Acceso 15 de junio, 2013, <http://www.latejedoradesombras.com/>

con las biografías *Translate This Darkness*, de Claire Douglas dedicado a su querida Christiana, y *Love's Story Told*, que excavaba en Murray. La fascinación por esta pareja lo lleva en 2009 a la Universidad de Harvard, como profesor visitante. Es así como logra entrar a sus bibliotecas y archivos. El punto definitivo fue su encuentro con el Libro de visiones, precisamente sus cuadernos de visiones dibujados por ella, y que iniciaron gracias al aliento de Carl Gustav Jung, con quien mantuvo largas sesiones de psicoanálisis, y que sin duda marcaron su trayectoria, a tal punto que Christiana logró crear el Test de Apercepción Temática (TAT).

Christiana desde pequeña fue distinta, activa, desobediente. Tenía un temperamento lírico, como bien decía Jung. Era «febril, atrabiliaria, sensual, incandescente» (p. 53). Jung le dice a Henry en una sesión: [Christiana es] «una femme inspiratrice, una mujer que no había nacido para procrear hijos sino para fecundar a los hombres que sepan apreciarla... Las mujeres como Christiana nunca serán buenas esposas. Su energía anímica, brutal e incontrolada, no las prepara para la vida doméstica o la educación de los hijos, téngalo presente» (pp. 56-57). Christiana se convierte en más tarde no solo en la amante de Henry sino también en su colaboradora en la clínica psicológica de Harvard. Con él, compartía el amor por Melville, según Harry (Henry) «el más grande escritor americano: un hombre que se adelantó a su tiempo y que, sin obviamente conocer el psicoanálisis, exploró como nadie los mecanismos de la mente» (p. 64).

Ella sufría de depresión estacional desde los quince años. Este problema la llevó a adentrarse en la psicología, el psicoanálisis, la psicología analítica. Conoce a Henry, en 1925, en una función de la Ópera Metropolitana de Nueva York. Esto partió su vida en dos rebanadas. Henry, para entonces, ya estaba casado con Josephine Rantoul,

una rica heredera de Boston, una chica común en sus aspiraciones, a diferencia de Christiana, cuyo talento siempre fue reconocido por Henry. Este matrimonio «nunca había sido ejemplo de compatibilidad, de pasiones desbordadas» (p. 44). El marido de Christiana era William O. Morgan, cuya experiencia en la guerra lo había devastado. Se había convertido en un ser sombrío.

El momento más intenso de la novela comienza con el pacto de vida, al que ellos llamaron la díada. Al fin un compromiso. «Nuestro propósito es crear una épica del trance. Una voz me ha dicho que ya no puedo vivir sin tus visiones. Los dos trataremos de emprender esta nueva vía. Nuestro foco será una Épica de tu vida... ¿Serás infinitamente celosa y no permitirás que me disperse? Si lo eres, escribiré tu vida así me lleve veinte años: será mi única tarea y alcanzaré con ella una cumbre que nadie ha escalado. Todo el curso espiritual de la humanidad descansará en ti» (pp. 162-163), le escribe Henry más tarde. Como símbolo de la díada construyeron una torre, en donde llevaban a cabo los rituales de creación y unión.

Luego asistimos poco a poco al derrumbamiento de esta mujer, cuya energía intelectual sedujo a muchos hombres.

La novela hace uso de los cuadernos de Christiana, donde también encontramos con sumo detalle las sesiones que ella mantuvo con Jung y como esto la condujo a abrir las puertas del inconsciente. Asimismo, incorpora reproducciones de los dibujos de sus visiones y fotografías. Los cambios constantes de tiempo y escenarios (Islas Vírgenes, Florencia, Le Havre, Zúrich, Massachusetts) ayudan a la novela a que sea un tejido complejo, como también las referencias culturales. Esta novela es un agitato.

MIROSLAVA ROSALES



Carlos Cañas,
"Hombre del futuro"
ca. 1967. Ensamblaje de hierro.
240 x 70 x 46cm
Colección privada

EL CEMENTERIO DE PRAGA

Novela. Umberto Eco. Lumen

626 pp.

Foto de la portada
Ilustraciones

Tras la figura de Simonini, se aglomera una serie de datos históricos contextualizados en el siglo XIX en Europa (París, Italia, República Checa). Simonini y el clérigo de la Picolla son los personajes principales y son alter egos del autor que se presentan como una unidad. Estos se convierten en



decir que si Dios es la primera potencia de este mundo, la segunda es la prensa: una vez más seamos dueños de la prensa, podremos cambiar las opiniones públicas, sobre el honor, sobre la virtud, sobre la rectitud de la conciencia y ganar el primer asalto contra la institucionalización familiar. Habla también de rituales satánicos conllevados por una estadounidense llamada Diana, Garibaldi, Masinni, Carbonarios, comunistas, etc.. “Estimularemos el celo sobre las cuestiones sociales que están a la orden del día, hay que controlar al proletariado, introducir a nuestro agitadores en los movimientos sociales y hacer que podamos sublevar cuando queramos, empujar al obrero a la barricada, a las revoluciones y cada una de estas catástrofes nos acercará a nuestro único fin: reinar sobre la tierra como fue prometido entonces nuestra potencia se acrecentará, como un

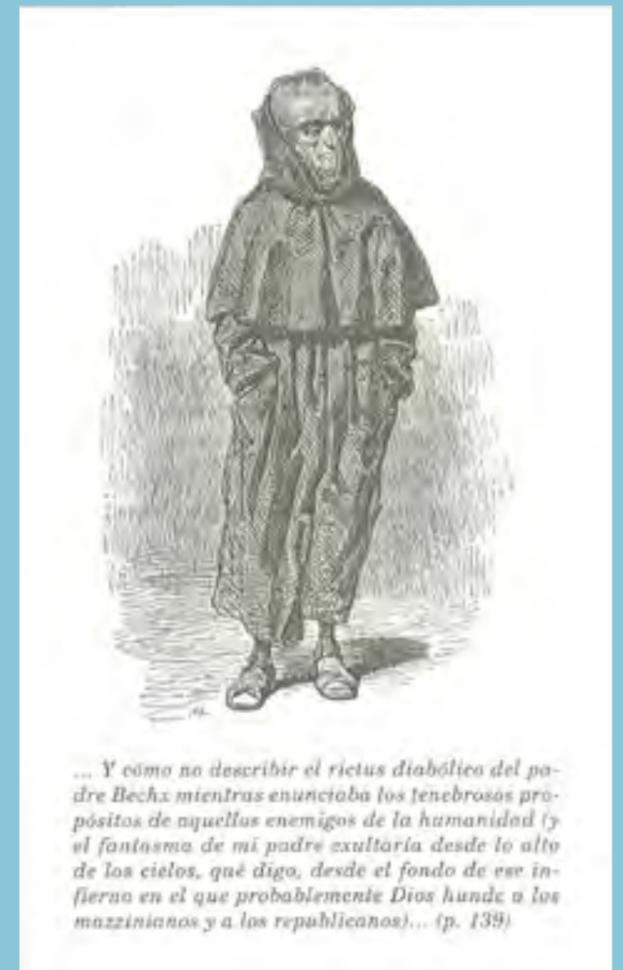
árbol gigantes”.....estos son algunas de los episodios históricos fenomenológicos y conceptuales, con los que el narrador despotrica contra toda la humanidad sin distinción de razas ni religiones ni ideologías, condensando el siglo XIX y preconizando el XX.

Es meritoria la acuciosidad histórica y el manejo del flashback. El lector necesita reconocer su estilo barroco y buscar con curiosidad en la obra y preguntarse si en verdad ocurrieron los hechos o si el recrear la historia como era costumbre en Dumas o Sue a nivel de folletines desacredita a la historia misma y hace de ella una grandiosa comedia humana.

ASTRID BAHAMOND



esencia en un mercader de informaciones que van desde documentos del siglo XIV hasta el siglo XX Barroco, su usual manejo del thriller mantiene al lector llevado con minuciosa atención, perplejidad e incognito ante los acontecimientos, en un ser dual : erudito, decimonónico, misógino, perverso, chismoso, plagiador, coyote de almas, implacable, el narrador no puede dejar de hacer tesoros de los intervalos del abate de la Picolla no Simonini, Simonini o de la Picolla... La pareja trabaja en pleno régimen y pleno acuerdo por la unidad de Italia, habla con denuedo sobre los judíos, jesuitas, protestantes, como de los metodistas ingleses, los pietistas alemanes, los suizos y los holandeses, francmasones, Napoleón, católicos que aprenden a leer la voluntad de Dios en el mismo libro de los judíos. Así como habla contra la biblia como una historia de incestos y matanzas y guerras salvajes, donde se triunfa solo a través de la traición y el fraude, donde los reyes mandan a asesinar a los maridos para gozar de sus mujeres, donde mujeres que se dicen santas entran en el lecho de los generales enemigos para cortarles la cabeza por un lado, y por otro sabe bien



Autores

Astrid María Bahamond

Salvadoreña, Doctora en Historia del Arte por la Universidad Carolina de Praga, República Checa, es autora de PROCESOS DEL ARTE EN EL SALVADOR, San Salvador, DPI, 2012 y, juntamente con Jorge Palomo, del catálogo CARLOS CAÑAS PREMIO NACIONAL DE CULTURA, San Salvador, Secretaría de Cultura de la Presidencia, 2012

Vladimir Amaya

Nació en 1985. Es licenciado en Letras, por la Universidad de El Salvador. Autor de PERDIDOS Y DELIRANTES: 36-34 POETAS SALVADOREÑOS OLVIDADOS (antología, Zeugma Editores, 2012), AGUA INHÓSPITA (Colección Revuelta, 2010), LOS ÁNGELES ANÉMICOS (Editorial EquiZZero, 2010 y 2011), UNA MADRUGADA DEL SIGLO XXI: antología de poesía joven (2010). Gran Maestro en poesía, por haber ganado en tres ocasiones los juegos florales, otorgados por la Secretaría de Cultura.

Rebeca Henríquez

Nació el 18 de octubre de 1982 en San Salvador, El Salvador. Estudió en la Universidad de El Salvador la Licenciatura en Ciencias Jurídicas. Fue merecedora del Premio Único en los IXX y XX Juegos Florales de Usulután en el género de poesía y del Premio Único en los XVII Juegos Florales de La Unión en el género de poesía infantil. Ha aparecido en diversas antologías como LAS OTRAS VOCES (DPI, 2011).

Mario Zetino

Nació en 1985. Licenciado en Letras, por la Universidad de El Salvador. Ha aparecido en distintas antologías y revistas, como por ejemplo en Cuadernos Hispanoamericanos, en 2012, y en MEMORIAS DE LA CASA, publicado por Índole editores.

Roberto Deras

Nació en San Salvador, en septiembre de 1982. Máster en Filosofía Iberoamericana por la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas. Pertenece a la Fundación Metáfora. Ha publicado EL LUTO ES LA ÚNICA CERTEZA.

Yukitaka Hirao

Nació en Manchuria en 1940. Vivió en El Salvador como el director de Industrias Sintéticas de Centro América S.A. (INSINCA) entre 1974 y 1978. Fue coordinador del programa de televisión japonesa de NHK “El Principito” (2006). En 2012 dio una conferencia en la Maison Franco-Japonesa de Tokio sobre “Consuelo, la musa de Antoine de Saint Exupéry” (2012). Obras publicadas como co-autor: 55 CAPITULOS PARA ENTENDER A EL SALVADOR (2010); EL PRINCIPITO Y SAINT EXUPÉRY (2012).

Wally Romero

Joven escritor y artista plástico salvadoreño, estudioso de la cinematografía. Es

miembro fundador del grupo literario MISHIMA.

Daniel Rodríguez Moya

Nació en Granada, España, en 1976. Poeta español, codirige el importante Festival Internacional de Poesía Ciudad de Granada junto a Fernando Valverde Rodríguez (fundado por ambos). Es licenciado en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la Universidad de Granada (UGR). En 2001 obtuvo el Premio Federico García Lorca de Poesía, convocado por la UGR, por el libro OFICINA DE SUJETOS PERDIDOS. Además, ha publicado EL NUEVO AHORA, en la editorial Cuadernos del Vigía. Con su último libro, CAMBIO DE PLANES, obtuvo en 2007 el VI Premio Vicente Núñez en Córdoba, publicado por la editorial Visor.

Armando Molina

Narrador y dramaturgo nacido en San Salvador en 1957. Ha publicado en español en San Francisco dos novelas, EL AMANECER DE LOS TONTOS y BAJO EL CIELO DEL ITSMO y el volumen de cuentos ALMUERZO ENTRE DIOSES en la prensa de Editorial SOLARIS.

Ana Escoto

El Salvador, 1984. Candidata a doctora en Estudios de Población, por el Colegio de México. Autora de MENGUANTES Y OTRAS CREATURAS (DPI, 2008). Ha

sido incluida en antologías, como Memorias de la casa. Es colaboradora de la revista digital Distintas Latitudes y La Prensa Gráfica.

David Alejandro Córdova

Nació en San Salvador en 1993. Formado en el programa de las Escuelas de Jóvenes Talentos en Letras UJMD-MINED, estudiante de licenciatura en Comunicación Social en la UCA, y ganador durante dos años consecutivos del Premio Nacional Cuento Joven en los Juegos Florales.

Miroslava Rosales

Nació en San Salvador el 14 de diciembre de 1985. Profesora de la Universidad de El Salvador. Forma parte de la Dirección Nacional de Investigaciones en Cultura y Arte, y del comité editorial de la revista ARS. Su trabajo aparece en la antología NUEVAS VOCES FEMENINAS DE EL SALVADOR (2009), del escritor Manlio Argueta, publicada por la Editorial de la Universidad de El Salvador; en UNA MADRUGADA DEL SIGLO XXI (2010); en LAS PERLAS DE LA MAÑANA SIGUIENTE (2012), antología del taller literario El Perro Muerto; y en revistas nacionales y extranjeras.

Ricardo Lindo

Escritor salvadoreño nacido en 1947. Director de ARS.



*Abstracto azul, 1963
Técnica mixta sobre panel de madera. 210 x 119
cm. Colección privada*

Ilustraciones e ilustradores

CARLOS CAÑAS

Ver Reseña Biográfica en la página 8

MAURICIO LINARES-AGUILAR

(Ahuachapán, El Salvador, 1966). Artista visual. Licenciado en Diseño Gráfico por la Escuela de Artes Aplicadas de la Universidad José Matías Delgado de El Salvador y Maestro en Bellas Artes, MFA, por la Universidad de Arkansas de los Estados Unidos. Ha recibido diversos reconocimientos, tanto nacionales como internacionales. Su obra forma parte del Museo de Arte de El Salvador, MARTE, la Colección Nacional de Arte de El Salvador, El Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca, IAGO y la Casa de la Cultura de Monterrey, México.



SECRETARÍA DE CULTURA DE LA PRESIDENCIA
DIRECCIÓN NACIONAL DE INVESTIGACIONES EN CULTURA Y ARTE